



SERVICIO SECRETO

B&B

SALVAJE Y TIERNA SOFIA

peter debry

PETER DEBRY

SALVAJE Y TIERNA SOFÍA

Col. servicio SECRETO n.º 714
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BUENOS AIRES – BOGOTÁ

DEPÓSITO LEGAL B 2378-1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN - ABRIL 1964

© PETER DEBRY - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© SANTIAGO TAMUREJO - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos efe Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 6326/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

517 — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

712 — Eva y los gorilas.

En Colección BÚFALO:

229 — El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:

77 — Un póker llamado muerte.

En Colección TEXAS:

93 — Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:

28 — Cachorro de gun-man.

En Colección PUNTO ROJO:

67 — F. F. ha sido secuestrada.

En Colección METRALLA:

16 — Pánico en Saint Tropez.

En Colección SELECCIÓN SERVICIO SECRETO:

80 — La banda de la zarpa.

CAPÍTULO PRIMERO

Rusty Cradock examinó con indiferencia las columnas de cifras alineadas en la factura con membrete del hotel.

—Es la costumbre de rutina. Los sábados... —el gerente parecía excusarse.

—Una excelente costumbre para los que cobran las tardes de los viernes. El inconveniente en mi caso, es que las rentas y dividendos me los abona el banco, los martes. ¿Le ocasiona alguna molestia que esperemos los dos hasta el martes?

—Ninguna en absoluto, señor. Además, usted se hospedó en nuestro hotel el miércoles. Le presentaremos la cuenta el martes, señor. Espero que no tendrá usted la menor queja del servicio.

—Ninguna, por supuesto.

El gerente permaneció filosofando unos instantes, mientras veía abandonar el vestíbulo del hotel al cliente Cradock R.

Un atleta de taciturno semblante. Un cliente que evidentemente no era pródigo en bienes materiales y que, en cambio, daba la inmediata sensación de poseer abundantes reservas de amargura. Un ejemplar viviente del desequilibrio ambiental producido por el cese de las hostilidades bélicas.

Otro excombatiente más, descentrado, librando una segunda guerra en busca de su readaptación a la normalidad.

* * *

Rusty Cradock, en la cantina para excombatientes, escuchaba distraídamente desde una mesa cercana al mostrador.

Siempre el mismo disco, con escasas variantes en la tonadilla.

—... y entonces fui y le dije: «Mira, hijo, yo no estuve paseando las Áfricas y Europas y montado en un hediondo tanque, para que ahora me vengas tú ofreciéndome un empleo de chivato de tienda. A mí qué me importa que haya viejas locas que roben retales o rizadores». Y me largué.

—Esto es lo malo, Jim. Los empleos que nos ofrecen son aburridos y encima, mal pagados. Pero no hay más remedio que ir

pensando en dejarnos de bobadas. La guerra terminó hace casi un año y la próxima que se incuba, está a más distancia que la carne que hemos de deglutir a diario, so pena de atrapar una anemia galopante. Conque no hay más remedio que ir pensando en dejarnos de bobadas.

Meditó Cradock que el problema se resolvería, pero existía.

Muchachos acostumbrados durante unos años a tenerlo todo servido: vestuario, pitanza y los vicios pequeños. Sin preocupación por el mañana, ya que el olor a pólvora y cadáver, impedía dedicarse a reflexionar seriamente sobre el porvenir.

Y en algún rincón íntimo e insobornable de su segundo yo, volvió a entablarse el reiterado diálogo:

«Trata de ser imparcial, chico. Reconoce que como siempre, salvo algunos casos de mala suerte, son los ineptos y apocados los que se quedan atrás y sin blanca.»

«No me considero ni mucho menos un apocado, tú». «Ya sabemos que eres muy machote, chico. Entonces, ¿por qué demonios andas esquivando el lomo al trabajo? ¿Te las das de rebelde, ahora?».

«Bien que te conste que mientras no liquide a Slim, mientras no lo vea saludarme respetuosamente, inclinándose poco a poco, balazo tras balazo, no estoy para nada.»

El segundo yo guardó silencio.

Los vecinos de Rusty Cradock se marcharon. Hojeó aburridamente un periódico.

Un servicio barato, indudablemente: café, tostadas y los periódicos del día, por el módico precio de veinte centavos. De algo valía el haber sido superviviente de las caminatas anfibias desde el norte de África, pasando por Sicilia para saltar a Nápoles hasta enlazar con el relevo francoinglés.

El importuno entremetido volvió a molestar:

«Vamos ya, chico. Es necesario obtener un empleo, aunque solo sea provisionalmente».

«Solamente pienso en soltar la última descarga, la que parta por la mitad a Slim».

«Es también una pena que seas tan vengativo, hombre. Olvídalo, caramba. Ya hace un año que sonó la hora del armisticio».

«Para los demás, puede que sí. Para mí, ni hablar». «Anda, chico,

hazme caso aunque solamente sea una vez. Echa un vistazo a las ofertas...».

Rusty Cradock fue recorriendo con el índice la columna de ofertas.

«SE NECESITA GUARDIÁN nocturno. Almacenes pescado...»

Odiaba el olor a salmuera.

«GRAN PORVENIR para vendedores a domicilio...»

Repicar puerta tras puerta, no encajaba en su temperamento.

Necesitaba un empleo. El martes tenía que pagar el hotel y estaba obligado a permanecer en San Francisco, hasta que encontrase a Slim.

Bastaría con el cargador de seis. Andrew Hamilton, más conocido por Slim, después de aquella faena, no sería tan imprudente como para transitar a solas.

Seguramente iría escoltado por un par de expertos guardándole la fachada.

Pero él había estado meses y meses disparando contra desconocidos que le tenían sin cuidado y a los que solamente procuraba aventajar para que sus huesos no sirviesen de abono a la tierra italiana.

Y ahora podía aplicar toda aquella práctica adquirida. Con saña y regodeo. Porque sería un placer sentir incrustarse en su propia carne los botones de fuego, a cambio de ver encogerse en sacudidas y dar el último traspies definitivo a Andrew Slim Hamilton.

De pronto algo bailó ante sus ojos.

Aquel anuncio casi parecía hecho a su medida. Venía encuadrado y con un centímetro de espacio blanco a modo de marco.

Un anuncio caro.

«ESPLÉNDIDO CONTRATO a soltero independiente buena presencia, excombatiente, dominando italiano y poseedor de carácter decidido. Imprescindible agudeza

mental. Abstenerse curiosos que no reúnan citadas condiciones. Telefonar de 9 a 10 al 7753-TP. De 10 a 11 al 1267-THM. Mismas horas y teléfonos, por la noche».

Rusty Cradock consultó el reloj de pared. La cantina cedía gratuitamente el derecho a tres minutos de teléfono.

Le tocaba probar suerte al 1267-THM.

* * *

Al sur de la ciudad, el distrito The Missino, residencial, ostentaba casas de inspirada contextura.

Era debido a que en ellas se habían esmerado arquitectos españoles y franceses, que impusieron su buen gusto contra las insinuaciones ostentosas de los enriquecidos aventureros de la segunda mitad del siglo anterior.

«Forrest Manor» era una de las residencias que se habían salvado de los tres peligros que asolaron a San Francisco: el incendio, el terremoto y el mal gusto.

El mal gusto lógico en quiénes, espiritualmente dedicados a fabricar millones, no habían tenido tiempo para distraerlo en superfluos e improductivos estudios.

El título de «Manor» lo justificaba la británica distribución arquitectural exigida por el inglés Forrest, enriquecido en la venta de equipos para mineros.

Algunos tapices de la mansión ostentaban el escudo que orgullosamente se empeñó el primer Forrest en considerar blasón: un cedazo y una pala.

De las tres generaciones siguientes, solamente quedaba Susan Forrest.

Un sino adversamente irónico, había decidido que el creador de los millones Forrest, conviviendo entre aventureros de fácil gatillo, muriera en su lecho, de pura chochez aniquilante.

Los restantes Forrest tuvieron muertes accidentadas: un naufragio, un asalto a diligencia, el incendio sorprendiendo fuera de su residencia a los segundos herederos, y la caída de un avión, contribuyeron a dejar solitaria, en compañía de varios millones de dólares, a Susan Forrest.

El «Club de los 400» calificaba a Susan Forrest de venusina, frígida y dada al chismorreo.

Esta era la personalidad indiscutible de la que por sexta vez cogió el teléfono que le tendía su muy particular secretario Noah Benson.

La criba efectuada por Noah Benson siguiendo las instrucciones de su patrona, había eliminado a sesenta y cuatro aspirantes al Espléndido Contrato.

Solo tres habían recibido la esperanza de obtener el empleo, siendo citados a distintas horas de la tarde.

Susan Forrest, esgrimiendo un lapicero de oro, trazó un punto al lado de la primera pregunta del cuestionario escrito, a la vez que en perfecto, italiano inquiría:

—Tenga la bondad, de, contestar con precisión y veracidad. Su nombre, por favor.

—Rusty Cradock.

—Edad, oficio, estudios.

—Veintiocho, agente de seguros antes de la guerra. Diplomado en técnica comercial, también antes de la guerra.

—Dígame de qué región italiana soy, señor Cradock,

—Lo aprendió perfectamente en Campania, posiblemente entre Capri y Nápoles, señora.

—¿Por qué «señora»? Todavía no están dotados de televisión los teléfonos.

—Una voz de mujer es siempre la de una, señora, mientras no se empeñe ella en demostrarme lo contrario.

—Dígame los deportes que ha practicado.

—Natación, carrera a pie, galope a todo tranco, lucha muy libre, tiro al blanco, siendo también blanco de tiro y actualmente el ayuno alterno.

—Anote la siguiente dirección: Setenta y tres, Segunda Transversal Twin Peaks. Preguntará al portero por Noah Benson, a las siete de la tarde en punto.

Susan Forrest colgó. Y dijo a su secretario;

—Creo que he encontrado al hombre que necesitamos, Noah.

Hasta las siete de la tarde, quedaban ocho horas largas. ¿Quién había tras el 1267-THM? ¿Una mujer ofreciendo un empleo normal? ¿Quién era Noah Benson?

Se detuvo, apenas atravesado el umbral de la cantina. Ya estaba Conradino haciendo el payaso, como de costumbre.

Tenía un apellido, heredado de su padre armenio. Un apellido complicado, y por esta razón, todo el mundo le conocía por Conradino.

El nombre procedía de su materna cuna: Nápoles. Era un granuja simpático, diminuto en talla, macizo en musculatura, capaz de grandes acciones heroicas, y de viles astucias, según le inspirase la persona que le llevase de las riendas.

Y desde que se conocieron en Nápoles, el soldado Cradock y el «lince del mercado negro», como se titulaba a sí mismo Conradino, este no tenía más que una finalidad: triunfar con el triunfo de Rusty Cradock.

Por un instante, Conradino estaba girando sobre sí mismo como una peonza, lanzando grititos femeninos.

Las voluntarias camareras de la cantina encontraban muy gracioso a aquel hombrecillo de anchas espaldas, larga nariz, copioso mostacho negro y crespa cabellera.

Una de las favoritas imitaciones de Conradino era parodiar a la bailarina clásica en la «Muerte del Cisne».

Sus languideces suscitaban carcajadas, porque no tenía en su persona nada de equívoco ni de femenino. Lo habían comprobado, escapando con dificultad al fogoso ataque, algunas de las camareras.

Disgustado, se aproximó Cradock. Su ceño hizo que el italiano cesase bruscamente en sus contoneos.

Conradino se ajustó la corbata, trató de alisar sus cabellos y expuso con su bronca voz:

—El olor a primavera me aturde y me hace hervir la sangre desde el occipucio al calcañar, Rusty. Te estaba esperando, pero no te vi entrar.

—No entré. Iba a salir. Estaba telefoneando. Lo que me fastidia es verte hacer el payaso. ¿Es que te gusta que se rían de ti?

Los dos salieron a la calle.

—Nadie se ríe de mí, y te consta, Rusty. Lo que pasa es que me

alegra ver en rededor un cerco de ruidosas sonrisas. Reír dilata el bazo y tonifica. La vida...

—Es un asco. ¿Qué harás cuando se te acabe el dinero? El día que te tocó la lotería, perdiste los estribos y te sentiste turista. Pero no conseguirás que te renueven el permiso de estancia en los Estados Unidos como turista.

—Me queda aún la cifra de veinte días de permiso turístico y la menor cifra de dieciocho dólares. Tengo noticias, Rusty, grandes noticias.

Rusty Cradock, que se encaminaba hacia un puente donde era agradable tomar el sol ociosamente, se mordió el labio inferior.

Conradino sabía ya que las palabras saldrían incisivas...

—A veces te estrangularía, Dino, sombra menuda del mayor de los hijos de Satán. Estabas ahí haciendo el payaso, y ahora, de pronto, tus malditas pupilas habladoras dicen que ya lo sabes... ¿Contesta, verdugo ¿Lo sabes?

Conradino asintió en solemne cabezada, y atusándose el mostacho, agudizó la voz:

—Yo solo sé que lo sé todo, dijo la recién casada

Rusty Cradock, reseca la garganta, gruñó:

—Nada de chistes, ahora. Tengo sed.

Se apoyó en el mostrador del quiosco. Una de la cuatro garitas-bar. Parecían prestar servicio de centinela en espera de los siempre sedientos que deambulaban por el largo puente tendido sobre la bahía, hacia Berkeley.

Cradock le encargó al camarero:

—Un jugo de cebada de setenta grados para mi amigo. De fresa y soda para mí. Es magnífico, Dino. Vuelvo a experimentar aquella emoción de los primeros tiempos, cuando arrimado a un paredón, medio en ruinas, esperaba el momento de salir corriendo, lleno de pánico y con ganas de acabar cuanto antes.

Contemplando los dos vasos que acababa de depositar el camarero, comentó Conradino:

—La cebada para el jumento y la sangre para el terco bebedor sanguinario. ¡Oh, sí, Rusty, ya lo sé! Te jugó una mala faena. Muy sucia. Y siendo yo el jumento, porque te tengo afecto, eres tú el que va a dar el último rebuzno.

—Cada uno tiene su modo y estilo de rebuznar, Dino. Bebe y

vámonos. Pagas tú.

Conradino Arbiroyan absorbió el resto del brebaje y manteniendo entre los dientes la pajilla del refresco ajeno, dio una carrerilla hasta alcanzar al que se había sentado en uno de los entrantes del puente.

—Me dijiste que yo era el único elemento de la raza mal llamada humana que te inspiraba amistad, Rusty.

—Así es. No lo puedo remediar. ¿A qué viene recordármelo?

—Porque si soy tu amigo, tengo derecho a opinar, ahora... ahora que te dispones a saltar la trinchera. No sé si te habrás dado cuenta, pero ya se acabó la guerra... Debes dejarme hablar, Rusty.

Había cierta súplica en la gruesa voz del robusto hombrecillo.

—No te lo impido, a pesar de que estoy esperando que tengas a bien darme tus famosas y grandes noticias, que solamente pueden referirse a Slim Hamilton, puesto que ya sabes que es lo único que me interesa.

—Cuando Hamilton te hizo la puerca jugada, estuviste varios días como enfermo.

—De pura rabia. Pero no mordí a nadie.

—Me diste la gran prueba de amistad y me enteré del asunto. No pienso discutir contigo tu decisión de matar a Hamilton, pero... la policía se enfadará contigo.

—Llevo meses buscando el paradero de Hamilton. Se esconde, porque sabe que ando atento por cazarle. Tú aseguraste que era un lince en todos los terrenos; y que darías con Hamilton, salvo si se había convertido en polvo. No quiero parecerte nervioso e impaciente. El paisaje es de los que actúan como sedante... Te aprecio mucho, sobrino mimado de Belcebú, pero llevo meses con un solo deseo. ¡Saber dónde se camufla Slim!

—Andrew Slim Hamilton reside en Oakland.

Rusty Cradock aspiró con sumo placer el aire salobre.

—Te quiero frenéticamente, Dino. Casi cantarías una de tus empalagosas canciones. Anda, cariño, sigue.

—No figura personalmente en ningún negocio. Se limita a tener participación en varios: una pescadería, un bar, un garaje y un hotel. Gana dinero a espuertas. No se ha casado y reside en el hotel.

—¿Qué hotel?

—El sitio más adecuado para sorprenderle es cierto piso. Lo

tiene alquilado una chica que es un bombón trufado. Se llama Cora Wilder. Es una delicia de las que justifican toda clase de perdiciones.

Conradino juntó las yemas de su velluda diestra ante los labios, y lanzó un sonoro beso chasqueante.

El guardia que paseaba lentamente, le miró con recelo.

Conradino se apresuró a disipar confusiones:

—Hablábamos de mi novia muy adorada, capitán.

El guardia siguió caminando en su ronda, estólida representación de la incommovible confianza en su autoridad.

Apremió Cradock:

—¿De qué clase es? En mujeres entiendes un rato largo, Dino. No te falla la pupila.

—¡Mísero de mí! Salvo de mi mamá, no respondo de ninguna. Pero en Oakland, y precisamente en la vecindad de Cora Wilder, se comenta que además de quitarle el seso a cualquier varón sensato, Cora Wilder es, por desgracia, decentísima. Tanto, que hasta trabaja. Figúrate.

—Dijiste que Slim la tenía con piso puesto.

—Mal me expliqué o mal entendiste. Si acepta las visitas de Hamilton es porque está delante una amiga suya con la cual comparte el piso. Las visitas de Hamilton suelen ser de dos clases: cuando la va a buscar para ir a pasear o de espectáculo y cena, y la de sobremesa.

—¿No dijiste que el bombón trufado trabaja?

—Por las mañanas, de ocho a dos, como cajera de una agencia naviera donde no tiene Hamilton participación. Hamilton, que le hace una corte en toda regla, se asoma hacia las tres, toma café supongo, copa y puro, supongo también, y hacia las cuatro, es echado a la calle con mucho mimo y cortesía.

—Eres formidable, Dino. Hace solamente dos días que no nos vemos y has carburado como un «-B-24».

—Mis payasadas me ganan toda clase de amistades. Además, soy un lince. Dime que soy un lince.

—Lo eres, palabra que sí.

—Por la vecindad nadie está extrañado de que Hamilton vaya casi siempre escoltado por robustos matones, ya que sus participaciones en la pescadería, en el bar y en el hotel, así como en

el garaje, le obligan a tratarse con mucha gente.

—¿Muy visibles los matones?

—No puede decirse que lleve escolta, pero lo curioso es que siempre tiene cerquita a dos o tres mastodontes. Y he podido comprobar que por tu tierra, Rusty, calibran al hombre por la talla y el peso.

—También yo incurría en el mismo error, antes de pasearme por tu patria y conocerte. O sea, que de tres a cuatro es cuando Slim efectúa su visita privada.

—Casi, casi... Está la amiga. Y por el corredor o figoneando por la escalera y la salida de ascensores, andan merodeando sus acompañantes. Nunca son más de tres ni menos de uno.

—Dame la dirección del piso.

—Calle Catorce, en el barrio de la refinería de azúcar, piso cuarto del número cuatro. Como ves, no tiene pérdida. Hagan juego, señores. El cuatro pierde. Todo al cuatro

—Como si me lo hubieses grabado en la sesera al rojo vivo, Dino. Tengo el pleno convencimiento de que no te dejarás llevar por un impresionable concepto equivocado de nuestra amistad...

—No sigas, yanqui. ¿Cómo voy a interponerme, si te estoy dando todos los datos, números, medidas y flores para tu propia fosa? Si mi amistad no es lo bastante recia para impedirte que pienses en suicidarte, por lo menos dejaré que te mueras a gusto.

—Tómalo a fanfarronada, pero el que va a morir es Hamilton.

—Ahí está lo malo... Te ganará la última jugada. Si él se muere, nada le dolerá. ¿Que harás tú lo posible por escapar? Y yo contigo. Pero ¿este es tu pobre concepto de la sabrosa venganza?

—Queda aún tiempo para oírte filosofar. El «ferry» de las dos, lo bueno que tiene, es que espera hasta las dos.

—Si se muere Hamilton, nada le dolerá. Has de herirle donde pueda dolerle, Rusty. Hazme caso... Mi raza es salvaje y tierna. Hazme caso y prueba lo que te sugiero. Hiérole donde le duela. Y siéntate a contemplarle, cuando burbujee de hervor furioso. ¿Comprendes la idea?

—No.

—¡Manes de la inocente raza nueva! Déjame ser tu asesor venenoso. Soy un hijo de la atormentada y vieja Europa. Por mis venas corre linfa de Maquiavelo, el astuto, y Tiberio, el resentido.

Por mi seso hormiguea el salvajismo y por mi corazón redobla la ternura... Si vas a cargarte a Hamilton, en el fondo lo comprendo, porque se lo merece. Pero hazlo con recochineo.

—¿Y eso con qué se come?

—Matarlo en seco, ¿qué ventaja placentera te dará?

—Saber que está tieso.

—Tu candor me conmueve. Un muerto se queda tranquilo. Ya nada le molesta, ni las moscas. Tú rabiaste mucho. Hazle rabiar. Contéplale... Busca el modo de hundirle los negocios, siembra la cizaña en su jardín, dale sudores de miedo y que eche las muelas... Es arriesgado, naturalmente, pero, ¡vaya buen juego!

—Estoy casi sin blanca, y tengo que ir aprisa.

—Podemos buscar moneda —propuso Conradino, ansiosamente.

—Ya lo había olvidado... A las siete, esta misma tarde, quizá me ofrezcan la oportunidad de tener dinero, quieren contratar a un excombatiente de mis condiciones. ¿Sabes que tiene miga lo que acabas de sugerirme, maestro del diablo? Eres grande, Dino.

La diestra de Rusty Cradock masajeó el codo del italoarmenio, que río, anchurosa la boca:

—¡Y tanto! Exactamente un metro cincuenta y tres.

CAPÍTULO II

Las Twin Peaks, las dos colinas gemelas, dominaban desde su altura la ciudad y la bahía.

También el hombre que abrió la puerta a las siete de la tarde, dominaba desde su altura, por una cabeza, a Rusty Cradock, que medía un metro ochenta.

Un gigante de ébano.

Un hermoso negrazo de rostro fino, sin abultamiento en los labios ni achatamiento facial. Vestía de franela gris clara, camisa de seda color crema y corbata azul pálido. Del mismo tono que el pañuelo que asomaba por el bolsillo superior de la chaqueta, que poco le debía al sastre en cuanto a anchura.

Calzado de flexible ante azul, Noah Benson, al caminar, daba la impresión de un bailarín capaz de hacer malabarismos con un bloque de dos toneladas,

Señaló la cortina, al extremo del pequeño recibidor de aquella planta baja.

No sonreía, pero sus ojos eran amables. Su voz no era cantarina, sino netamente precisa.

—Disponga usted, señor Cradock.

Rusty Cradock dispuso.

Cogió un cigarrillo. Tras encenderlo, se escanciò unos centímetros de legítimo «Bourbon», en una de las copas de grueso cristal tallado, encima de la bandeja sobre la mesita.

Paladeó el whisky antes de sentarse.

Pudo así apreciar que Noah Benson tenía predilección por el color azul pálido y gris. Esmalte gris en mobiliario tubular, azul pálido en las lonas, cortinas y empapelado.

Un salón-biblioteca-bar, que llevaba la garra de un decorador de altos honorarios.

El silencio, al prolongarse, le hizo adivinar a Cradock que formaba parte del segundo test.

Noah Benson miraba furtivamente al que, de vez en cuando, husmeaba el ambiente como si percibiera un aroma sutil.

Por fin, Benson, sin sentarse, especificó:

—No me resulta desagradable, apreciar en su silencio la molestia de tener que tratar con un negro.

—Me acostumbré sobradamente en los cuatro batallones de Infantería por los que desfilé. Había montones de negros. Puede que años atrás, tuviese yo prejuicios raciales. Los he perdido. Me di cuenta que ante la gran verdad, todas las razas suelen reaccionar de muy parecida manera.

—¿Cuál es la gran verdad, señor Cradock?

—Vivir es un problema mucho más difícil que acostumbrarse a la idea de morir. Ante la visión constante de la muerte, los que estuvimos bregando y batiéndonos el cobre, codo a codo, no éramos ni blancos ni negros, sino simplemente compañeros unidos por el sudor, el pánico y la amistad.

—Admiro esta sabiduría adquirida a costa de mucha sangre, señor Cradock, pero cabe la posibilidad de que usted, con la esperanza de conseguir una espléndida remuneración, se comportó diplomáticamente con un negro.

Rustin Cradock rio.

Conradino aseguraba que cuando Cradock reía, los perros que estaban por los contornos se ponían a gruñir erizando el pelo del lomo.

—Usted, Benson, así a ojo, debe pesar unos noventa kilos y más de la mitad los carga entre el estrecho talle y la columna del pescuezo. Si pretende picarme no lo conseguirá, porque hay algo ciertísimo. En caso de enzarzarnos los dos a golpes, uno quedaría desnucado, y procuraría no ser yo. Pero quede claro que no tengo nada de adúlador. Si los negros me fueran antipáticos, se lo diría sin el menor reparo.

—Creo, en efecto, que me lo diría.

—Como puedo decirle que se da la casualidad que si disfruto los goces de una deliciosa existencia, se debe, entre otras causas, a una granada que me iba destinada, la absorbió uno de su color. Se llamaba Abe y era mi cabo. Jugábamos a los dados cuando estalló la piña que no me dio porque Abe, entusiasmado, saltaba en pie en aquel mismo instante, exclamando: «¡Triple siete! Hacía años que...» No pudo terminar. Yo sigo hablando... Le cedo la palabra.

—Resulta extraño que un hombre de sus aparentes capacidades, señor Cradock, esté desempleado.

—Verá cómo es sencillo de comprender. Los empleos sobran, pero no se adaptan a mis características. Detesto los horarios fijos, y debido a las pagas de licencia pude, hasta hace poco, vivir en la inconsciente creencia de que no tendría que sucumbir a la vital necesidad de tener que trabajar.

—¿Le sirvo un poco más de whisky, señor Cradock?

—No, gracias. Dos dedos me dan algo semejante a euforia, pero más me ponen tétrico. Ya que está tan amable, invíteme a fumar unos cuantos días. Estos pitillos son magníficos. Gracias.

Rusty Cradock se colocó en el bolsillo superior un mazo de «Grey».

—¿Tiene novia, señor Cradock? Disculpe la indiscreción, pero forma parte de los preliminares.

—Tuve novia en esta ciudad, antes de enrolarme. Se casó con mi pleno consentimiento y quedamos tan amigos. Tuve novia en Sicilia, pero se murió. Un bombardeo. Tuve novia en Nápoles, perdón, tuve dos, porque una se complementaba con la otra.

—¿Sí? —sonrió Benson.

Era amable su modo de preguntar, pensó Cradock, aclarando:

—La morena era platónica y romántica. La rubia era vehemente y agotadora. Pero ambas se aburrieron pronto. Por lo visto, si físicamente las atraigo, no sé retenerlas. Después, salvo algunos amoríos breves, he permanecido asceta. Tenía que vigilar mi presupuesto y la muchacha más modesta y menos pedigüña, siempre resulta cara cuando tiene uno la moneda racionada.

—Nada más, señor Cradock. Tenga la bondad de seguirme.

Rusty Cradock siguió al que en un ring de lucha libre hubiera sido una atracción máxima. Y barruntaba que no solo en física apariencia, sino también en comportamiento, Noah Benson se habría destacado en las más duras deslealtades, tanto sobre la resina como sobre el asfalto o las alfombras.

Noah Benson abrió una puerta que daba a un corredor, en cuyo extremo había una jaula metálica. La abrió.

—En el primer piso, segunda puerta a la izquierda, encontrará a la secretaria de la persona que puede proporcionarle un buen beneficio si sigue demostrando su talentosa inteligencia práctica, señor Cradock. Buenas tardes.

Cerró Benson. El ascensor subió. Rusty Cradock ajustándose la

corbata, verificó en el espejo que su atuendo deportivo estaba aún pasable.

La segunda puerta a la izquierda estaba abierta.

Un despacho muy femenino. Esmaltes blancos, empapelado *beige*, paneles laqueados y un mobiliario de ambarinos reflejos.

Permaneció un instante en el umbral. No era muy impresionable, pero aquella secretaria debía proceder de algún concurso mundial, donde sin la menor duda habían cometido una injusticia al dejarla en finalista.

Dominó el silbido admirativo que iba a emitir.

Hacía tiempo que había comprendido que la instintiva mirada a las piernas, era una novatada. Pero aquellas piernas eran excepcionales.

Y el resto resultaba apabullante.

La leve blusa se tensaba con una elocuente plenitud melliza. Parecía increíble que bajo aquella exuberante turgencia agresiva, el talle tuviese tan escaso perímetro.

Los cabellos cobrizos estaban peinados en desmadejada melena que se incurvaba sobre los hombros.

Los ojazos, densamente oscuros, eran fríos, inquisitivos.

La boca, repleta y rematadamente sensual, era la puntilla remachando las anteriores estocadas.

Aquella secretaria era un peligro para el varón más templado. Inspiraba deseos avasalladores. Parecía ser un puro volcán y dominaría siempre, porque en ella había algo que helaba, pasada la primera oleada de fiebre que su venusina figura suscitaba.

O acaso él pensaba así porque era un receloso amargado que...

—Cuando quiera entrar, señor Cradock, hágalo y cierre la puerta.

—Al instante, señorita. No lo tome a mal, pero ya estará acostumbrada a repartir mazazos con su sola presencia. Provoca un alelamiento abrumador. Benson pudo avisarme y así no le produciría yo la impresión de ser un colegial.

—De veras que no me lo parece, señor Cradock. Tenga la bondad de sentarse.

—Es curioso —comentó Cradock, sentándose ante ella—. Desde que entré en contacto telefónico con el anuncio, se reitera constantemente la fórmula «tenga la bondad»...

—Tal vez porque sea una fórmula de estricta cortesía. Naturalmente, los hombres que como usted adquirieron en las trincheras el derecho a prescindir de los convencionalismos, encontrarán difícil someterse a la... necesaria hipocresía social.

—En absoluto. Me someto a gusto a la cortesía.

Consultó ella sobre su rodilla derecha el bloc de notas, manteniendo en alto el lapicero de oro.

La falda, en el cruce de piernas, adquiría una voluntaria indiscreción muy generosa.

Rusty Cradock con gran pesar apartó la vista. Estaba alerta. Consideraba aquella deliberada provocación femenina de la secretaria como uno de los test de examen preliminar.

Susan Forrest dijo:

—Hasta ahora, señor Cradock, usted parece reunir bastantes condiciones. Es más... De los numerosos candidatos que se han presentado, usted es el que tiene un mayor porcentaje de probabilidades. En el cuestionario aquí preparado, hay una pregunta básica.

Ante el revoloteo de los encajes inferiores transparentando sonrosadas alburas, Cradock eligió como punto de mira de toda seguridad las manos femeninas

Por lo menos allí no había ondulaciones mareantes. Aquella endemoniada secretaria, capaz de encandilar a un eunuco, poseía unas manos de vibrátil blancura sin laca en las uñas, pulidas y almendradas.

Alzó ella repentinamente las pestañas. Tenía un modo de mirar naturalmente frígido. Ahora era artificiosamente insinuante.

—Dispongo de facultades y atribuciones para contratar. Si lleva usted a buen término y a mi gusto, una misión no muy difícil, percibirá usted diez mil dólares

Acentuó ella una sonrisa pérfida, aguardando el efecto del doble disparo. El verbal y el visible.

Rusty Cradock resopló, elevando la mirada al techo. Su asesor mental le avisó:

«Vinimos a ser contratados y ganar plata, chico. No a recibir arañazos...».

«Me di cuenta, capullo. Esta doncella inspira la violación, aunque sea muriendo a manos del negro Noah. Pero la he calado. Si

le digo nada más que la verdad que está despampanante y que, por favor, se cierre la blusa y se baje la falda, adiós contrato».

—Estoy esperando su respuesta, señor Cradock.

—Tenía que meditar... Bien, en su propuesta hay dos errores. Primero, no soy de los que creen que ganándose a la secretaria, me gano al patrón. Usted es más que bonita, pero cuando me lo propongo, me repliego dentro de la concha y soy un verdadero galápago. Si su patrón me da el contrato, entonces... vuelva a jugar a vampiresa conmigo, y luego, al final, cuando haya palpado los diez mil, quizá tire la concha y pase al ataque como un energúmeno.

—Veo que se las da usted de sicólogo.

—Prefiero cometer errores por abstención, antes que por grotesca presunción.

—Aludió a un segundo error.

—Si el asunto fuera fácil, ¿iba la segunda parte contratante a pagar diez mil? Si ganarlos estuviera ya al alcance, ¿para qué tantos requisitos? Hablar italiano, ser excombatiente, poseer decisión y cerebro bien engrasado, ser soltero e independiente y tener buena presencia, ya es mucho pedir.

—Cualidades muy suyas, señor Cradock.

Descruzó ella las piernas, tensó su falda y alzó la cremallera de su blusa. Con absoluta frialdad, sin el menor cohibimiento. Añadiendo:

—Reparado el segundo error. Me refiero a haber dicho que no era muy difícil su misión.

—Así vamos mejor, secretaria. Ahora es usted tal como es. Pese a sus curvas, aguda como un estilete florentino.

—Ha demostrado usted saber dominar la innata presunción masculina. Y si puede ganar los diez mil dólares, se deberá a que reúne las condiciones requeridas.

—Falta la respuesta a la pregunta que según su carnet de notas, es la básica del cuestionario.

—Hizo su campaña en Italia. Y si sabe reconocer el acento de Nápoles, será porque permaneció allí bastante tiempo.

—Entre idas y vueltas, apártate tú que entro yo y viceversa, unos seis meses.

—Entonces, tal vez conteste satisfactoriamente a la pregunta

considerada básica por la otra parte contratante. ¿Conoció en Nápoles a un comandante de Intendencia llamado Frederik Emerson?

Rusty Cradock rio silenciosamente. Alzando en rictus la comisura izquierda de la boca.

—No me diga que esta es la pregunta básica.

—Lo es.

—Vaya avisando, a la otra parte contratante que empiece a mojar el pulgar y vaya contando los billetes. Cualquier cosa relacionada con «Fru-fru» Emerson, siendo para perjudicarlo, cuenta con mi entusiástica aprobación y mi más ferviente colaboración.

—Empleando su estilo, señor Cradock... No me diga que entre los motivos de su amargo resentimiento se cuenta alguna incidencia relacionada con el comandante Frederik Emerson.

—Vaya que sí... Verá, yo ignoro en absoluto cuáles son las intenciones de la otra parte contratante, pero esta parte contratante —y Cradock se dio unos golpes con el dedo medio en la pechera— disfrutaría enormemente si oyese crujir bajo sus nudillos los huesos frontales, nasales y labiales de «Fru-fru».

—¿Por qué le dedica el frívolo apodo francés femenino a Emerson? Es un hombre muy varonil.

—Esto no lo discuto. Es un precioso ejemplar, atlético, guapo, arrogante, gran asesino de corazones, y a muchos les resultaba simpático. A mí, ni hablar.

—¿Puedo saber por qué?

—Entre las cuatro paredes de este estuche, tal vez mi motivo suene a injustificado. Entorne los focos, secretaria, y trasládese con la imaginación al litoral napolitano, donde el soldado Cradock con otros compañeros afronta lo mejor que puede la muerte, el dolor y la incomodidad. Hace calor, huele mal y los napolitanos, aparentemente tiernos, nos miran con salvaje recelo. Los hemos liberado. De acuerdo, pero a bombazo limpio. Y venimos cargados de salud, vitaminas y jovialidad.

—Cualidades que a las napolitanas les encantarían.

—Como complemento tan solo a sus cálculos de si les podíamos producir beneficios palpables en billetes de banco. Excusable, ya que las pobres llevaban años de privaciones... Vuelvo a «Fru-fru» y es lamentable que tenga que aludir al clásico cliché, pero imagínese

al sucio soldado Cradock, rascándose los lomos que emplean como autopista unos animalitos chupadores de sangre y muy resistentes al exterminio, llamados puercos piojos.

Frunció ella la naricilla delicada.

—El soldado Cradock vuelve de una excursión que fracasó porque los alemanes se negaban tercamente a abandonar una loma. Es entonces cuando, en una calle de la ciudad, el soldado Cradock ve por primera vez a Emerson. Le lucen las botas como espejos, la raya del pantalón es impecable, la camisa le huele a lavanda y le acaban de afeitar y dar un champú. Está acompañado de dos chicas preciosas, y de vez en cuando tira cigarrillos para ahuyentar a los chiquillos pedigüños. Hay maneras y modos... «Fru-fru» tiraba los cigarrillos como un gran señor sudista abriéndose paso entre leprosos negros esclavos.

En la evocación, hizo Cradock una pausa. Susan Forrest preguntó:

—¿Tuvo usted alguna rencilla personal con «Fru...», con el comandante Emerson?

—Ninguna. Nunca nos hemos hablado, o mejor dicho, no le hablé. Yo pasé por su lado, y sin darme cuenta, fatigado como estaba, rocé a una de las chicas. «Fru-fru» me miró como quien contempla a un puñado de estiércol. Sonrió condescendiente y se limitó a decir: «Cuidado con sus modales, soldado.» Ni más ni menos. Se fue y yo también. Pero hay maneras y modos de decir las cosas. ¿Cómo lo explicaría mejor? Los soldados pudimos ser bastos, chabacanos e irreflexivos... pero por entonces, nos herían mucho las calculadas ruindades de los respetables.

—Excelente, Cradock. Permítame un momento.

De encima de la mesa a su lado, cogió Susan Forrest el teléfono. Una filigrana petrificada imitando en su policromía un helado de nata, con guindas.

Especificó:

—Anule las restantes convocatorias, Noah, y rescinda la nueva aparición del anuncio. El señor Cradock es el adecuado.

—¿Sabía usted que Emerson es millonario?

—No. Ni idea. Se le veía desdeñosamente superior, pero no se me ocurrió pensar que su pretendida superioridad se basaba en poseer un millón.

—¿Considera antipáticas a las personas con fortuna?

—Cuando lo son, claro. No soy anarquista ni tengo pesadillas en mis sueños cuando me imagino que soy un potentado. Me encuentro muy a gusto, aunque después viene el despertar. Si bien no me muerdo los puños ni agarro una ictericia de envidia.

—¿No cree que el dinero produce la felicidad?

—Los que carecemos de fortuna, estamos convencidos de que la felicidad radica en el dinero abundante. Este es el aliciente: encontrar el modo de enriquecernos. Un aliciente que no tienen los que con solamente abrir un carnet de cheques, pueden comprarlo todo. Combran, ¿y qué les queda?

—La posesión y el placer de ser libres.

—Es muy posible... Bien, eso tiene mucha miga, porque yo creo que el entusiasmo está en sudar escalando y llegar a la cumbre. Si nos llevan a la cumbre en helicóptero dorado, adiós entusiasmo. Y a todo eso, ¿por qué estamos hablando de millones?

—La otra parte contratante es multimillonaria.

—Lo celebro. Así tengo el cobro asegurado. No quisiera parecer un ansioso, pero me agradaría ya saber lo que tengo que hacer para ganarme los diez billetes.

—Era preciso un hombre que, hablando italiano, pudiera, llegado el momento, justificar el móvil de su hostilidad hacia Frederik Emerson. Usted, un excombatiente de Infantería, podrá dar la razón de su rencor contra un enchufado. ¿No los llamaban así?

—No veo qué necesidad tengo de hablarle en italiano para cantarle unas cuantas verdades a Emerson.

Susan Forrest repicó con el remate de su lapicero sobre la palma de su diestra. Había crueldad en sus ojos, pensativos en aquel momento.

—La esposa de Emerson se llamaba, de soltera, Sofía Amalfi.

En la pronunciación del nombre puso ella mucho desprecio. Rusty Cradock empezó a vislumbrar...

—Déjeme lucir mi agudeza mental. ¿Pretende la otra parte contratante alquilar un conquistador tan irresistible que provoque en Sofía anhelos de divorcio?

—El divorcio ya está en tramitación. Pero sin el menor ridículo para el amor propio de Emerson. Ella, Sofía, alega el manido recurso de incompatibilidad de caracteres.

—¿Y él qué alega?,

—Está plenamente convencido de que sufrió un espejismo al sucumbir al epidémico encanto de la napolitana Sofía.

—¿Cuál es mi tarea?

—Puede resumirse en dos distintas, pero conducentes a un mismo final: poner en ridículo al engreído Emerson.

—Veamos si he comprendido el asunto. Si algún periódico sensacionalista puede anunciar, con pruebas para evitarse la denuncia por libelo, que Sofía no va a Reno por incompatibilidad, sino porque se ha enamorado de otro, ¿he ganado los diez mil?

—En efecto.

—No veo la cosa tan fácil, ¿o es que Sofía es más que voluble y voltaria, una ninfómana?

—Los diez mil dólares son el premio que obtendrá si logra ridiculizar a Emerson, soslayando los peligros inherentes, porque Emerson no es ningún tímido cobarde. Pero no a través de Sofía, sino de la mujer con la que él piensa contraer segundas nupcias tan pronto se resuelva el divorcio.

—Más complicado todavía. Si él está dispuesto a casarse con otra, le tendrán muy sin cuidado las andanzas de Sofía.

—Emerson tiene mucho amor propio y es muy quisquilloso en lo referente a su prestigio social.

—Bien, yo no quiero comprender las sutilezas del alto mundo, sino ganar dinero. O sea que debo intentar mi suerte con la actual candidata a ser llevada al tálamo por Emerson. ¿Ella no le quiere? ¿Se casará por sus millones?

—Ella le quiere y es multimillonaria.

—Renuncio a comprender.

—Al final lo entenderá.

—¿Quién es la segunda mujer del terceto?

—Susan Forrest.

—¿Susan Forrest? Caramba, si es más conocida que las piernas de la Marlene...

—¿Sí?

—Bueno, yo no la conozco personalmente, pero la han retratado mucho en las revistas sociales. Y la he visto en bastantes tiendas de campaña, recortada y prendida con alfileres. Todo un monumento de guapa. Y sin trampa ni cartón. La recuerdo en bañador floreado

y también recuerdo el comentario de que todo el mundo, de la alta, claro, se preguntaba por qué la «Venus» Forrest no se casaba. Me figuro que será porque desconfía de que sus millones... ¡Ostras!

Y tras la exclamación, Cradock apuntó un índice acusador.

—Usted es la «Venus» de marras.

Fríamente, inquirió Susan Forrest:

—Su alusión a los mariscos, señor Cradock, ¿a qué obedece?

—Nos la hubiéramos ahorrado, si desde un principio me dice usted que no es ninguna secretaria, sino la propia Susan. Persiste la niebla en mis entendederas. Si usted adora a Emerson y tiene más plata que él, ¿por qué diablos pretende ridiculizarlo?

—En su día lo sabrá.

—Estos diez mil, aparentemente son muy fáciles, ya que usted paga y a la vez ayuda.

—Me temo que su optimismo es exagerado, porque Emerson tiene en mucha estima su prestigio. Comprenda que le sentará muy mal que un excombatiente, sin fortuna personal ni de familia distinguida, socialmente hablando, sea visto en compañía de su actual esposa y de su futura.

—Indudablemente le sentará como un par de pepinazos. Todo esto me place mucho. ¿Va incluida Sofía en los diez mil?

Susan Forrest habló con la precisión de un financiero:

—Si consigue aparecer como causante judicial del divorcio, podrá leer la cláusula del contrato.

—¿Y para qué es preciso ningún contrato?

—Yo lo necesito, para en su día no ser yo también víctima del ridículo social, y poder demostrar que usted percibió dinero para fingir ser mi galán clandestino.

—Ya... Comprendido. ¿Y qué dice la cláusula sobre Sofía?

—Su posible éxito sobre Sofía, le garantiza cincuenta mil dólares.

Rusty Cradock aspiró a fondo, exhaló y dijo:

—Yo, la segunda parte contratante, estoy dispuesto a estampar la firma.

CAPÍTULO III

Agarrado con ambas manos a la máquina tragaperras, cuyo altavoz reproducía los discos numerados, Conradino dejó de contonearse en rumbeo cubano.

Arguyó a modo de excusa:

—Es la efervescente primavera que me enciende la sangre, Rusty.

—En invierno dices que es el frío y que tienes que entrar en calor. Lo que te sucede es que llevas el espíritu bailarín en las venas, Dino. Este bar es ímprobo de nuestra categoría de ricachones.

—Ah, pero ¿somos eso que dices o es ironía yanqui?

—Dime dónde te gustará comer a lo grande, Dino. Invito yo y, además, pago yo.

—¿Se dio bien el anuncio?

—Echa un vistazo.

Ya en la calle, mirando el abanico de billetes, Conradino dilató los ojos y trenzó unos pasos de alegre tarantela.

—Cuéntame, soldado. Al anunciante, ¿le diste el golpe del conejo, o se dejó atracar dócilmente?

—Me anticipó mil para vestuario. Debo ponerme elegantísimo, distinguidísimo, si es que acierto a comprender lo que es la distinción refinada.

—Hablando de refinado, vamos a cenar al «Alberto» de Chinatown. Se zampa uno platos succulentos de legítima cocina aceitosa y nutritiva, de la que es obligado chuparse los dedos, o se ofende el camarero. No hay nada como la grasa para el organismo.

—Sin grasa y succulentamente forrada de plata a mi patrona.

—Es la primera vez en la Historia mundial que un yanqui sirve para el difícil empleo de «gigoló».

—Nada de eso, hombre. El asunto por el cual me contrata, es una madeja de femenino enredo, Dino, tú, un europeo sabihondo, a lo mejor sacas el hilo de ovillo. Me abrió la puerta un negrazo fino, con el cual preferiría no tener nunca que pelearme. Según ella, es su jefe de servidumbre, su secretario confidencial y su asesor

financiero. Tengo buena memoria y como reciente, puedo detallarte el examen a que fui sometido...

Y Cradock fue detallando.

Estaban ya instalados, con la mesita de mantel rojo y blanco entre los dos, cuando Conradino hizo su primer comentario en respuesta:

—De cuanto me has expuesto, deduzco que siempre hay imponderables que deben ser ponderados, Rusty. Cuando haya satisfecho los clamores de guerra de mi estómago, y sorbido café que es café, me permitirás exponerte mis vehementes sospechas.

Ambos eran comensales concienzudos. A los placeres de la conversación preferían los de la deglución sin palabras.

El silencio perduró hasta que, ojos en blanco, anunció Conradino:

—Opípara cuchipanda que se merece un sincero «varilotto».

Encendió el largo y retorcido cigarro negrísimo; que añadía pintoresquismo a su cara de granuja.

Rusty Cradock sorbió el resto de su digestivo favorito: té con pippermint.

—Vamos a estudiar eso que llamas imponderables, Dino.

—Siempre se presentan donde menos los hueles. Vas a las carreras y no cabe la menor duda. El potro alazán ha de ganar porque te lo ha jurado el jinete, cuya hermana se juega todo el dinero de su marido. Apuestas de firme, empeñándote hasta las muelas aurificadas, y surge el condenado imponderable. El potro alazán tenía cólico y no lo dijo. Pierdes hasta los empastes de oro. La ventaja, en el hipódromo, es que hay más carreras.

—Mi queridísimo asesor, no puede escaparse a tu suspicacia que si me dejo apestar por tu tagarnina, no es para oír tus divagaciones hípicas.

—Susan quiere hacer rabiar a Frederik... Y esto me recuerda el plan contra Hamilton y su punto flaco: Cora

—Esta es caza mayor. Volvamos a Susan.

—Ella puede facilitarte el dinero para sufragar los gastos del entrenamiento en el solapado combate contra Hamilton. Tenemos, por otro lado, a Sofía... *¡La mia dolce e cara Sofía!...*

—No me digas que la conoces...

—Ni lo pretendo. Cité la coletilla de una canción que todos los

bebés de mi pueblo le cantaban a la supernodrizza local. Muchacho, aquella Sofía era un fenómeno... Bien, vuelvo al asunto actual, Sofía se quiere divorciar y Frederik está de acuerdo. Eso por lo menos es lo que dice Susan. ¿Lo compruebo?

—El fondo del asunto me tiene sin cuidado. Pagada esta cuenta y el hotel, me quedarán aún nueve billetes sin estrenar. ¿Es que piensas echarme un sermón sobre la moral?

—Si la novia consiente y la esposa quiere divorciarse, tu moralidad es irreprochable, aparte del lote que puedas darte.

—No hay tal, porque Susan es fría y calculadora...

—También lo era Mesalina, pero tenía sus horas de reposo. Lo cierto es que en cuestión de propiedades cuyos cimientos son columnas revestidas de medias sobre altos tacones, estoy de acuerdo en que la propiedad es un robo. Mi escama procede del siguiente interrogante: Susan, rica y guapa, puede seleccionar manadas de galanes clandestinos si se lo propone. ¿Por qué precisamente decide elegir a uno que estuvo en Nápoles al mismo tiempo que Frederik?

—Porque posiblemente ha descartado a los guapos profesionales. Y que me paga para ser el clandestino, solo lo sabemos nosotros cuatro: ella, tú, Noah y yo.

—Si tanto adora a su aspirante a marido, ¿por qué urde una trama para ridiculizarle?

—Yo no veo más que una verdad que me importe Además de menudos billetes, ¿son o no nueve billetes de cien los que tengo en el bolsillo?

—En la suposición de que Sofía tenga la virtud olvidada, ya no ha de importarle a Frederik que se desmelene o no, puesto que, según afirma Susan, van a divorciarse. Ahora bien, pensemos en los imponderables que en este caso son las ocultas intenciones de Susan.

—No me interesan. Hay dinero a ganar, y lo necesito. En el fondo, tu consejo de no ir por lo recto con Slim Hamilton me convenció. Y ya puesto en el terreno tortuoso, hago lo que dices tú: cuando la música suena, bailemos. Mañana a las doce tengo una entrevista con Susan, que dará el visto bueno a mi guardarropía. El mismo sastre de «Fru-fru», previo aviso con la debida sobretasa, me tomará medidas desde el cuello de la camisa a las punteras de los

calcetines. Primera prueba a las siete de la mañana, y a las once completo. Un servicio nocturno competente.

—Igual que en las funerarias.

—Tu humorismo siempre tiene resabios macabros, Dino. Mañana entre siete y once, estaré en el hotel. Me largo.

—Me quedo. Y estoy pensando en que comprobar si lo que Susan pretende que es cierto...

Pero ya Rusty Cradock abandonaba el restaurante italiano. Solo que en lugar de irse a dormir, tomó el «ferry» que conducía a Oakland.

El sicólogo Conradino Arbiroyan había cometido un error al suponer que Cradock podía acomodar su mentalidad a la máxima de la venganza florentina:

«Piano, sano é lontano».

No estaba dispuesto a ir poco a poco, con cautela y prolongando el plazo de la revancha.

* * *

Los cuatros. El cuarto piso del número 4 de la calle catorce, en el barrio de la refinería azucarera.

Allí residía con una amiga, o por lo menos con ella compartía el alquiler del piso, Cora Wilder, «el bombón trufado», cuyo paladeo le exigía a Slim Hamilton un asedio normal, como el de que cualquier ser vulgar y corriente.

Sin embargo, nada tenía de vulgar y corriente Andrew Slim Hamilton. ¿Sería entonces que Cora Wilder era de una calidad excepcional?

Las diez de la noche no era una hora normal de visita. Sobre todo, cuando no se conocía a la persona visitada.

En definitiva, si alguien le hubiese preguntado qué se proponía llamando a la puerta «B» del cuarto piso, que abajo en el casillero de buzones constaba como morada de Cora Wilder y Coleen Ward, no habría sabido qué respuesta dar.

Solo sabía que cuanto antes necesitaba terminar con su obsesión: verse frente a frente con el canalla de Slim. Verle encogerse, verle dar saltos como un pelele, medida que el contenido del cargador le taladrara la piel.

Volvió a repicar con los nudillos, ya que el timbre no suscitaba el menor eco de recepción.

Sin embargo, había alguien.

Oía perfectamente el rumor tras la puerta cerrada, demasiado cerca de la puerta. Como si alguien, apilando el oído, titubease en responder a la llamada.

Había una mirilla, pero era un diabólico invento, por el que se sabía acechado y no podía acechar.

Una mirilla en forma ahuevada, un cristal diminuto que permitía mirar desde dentro, pero que era completamente hermético para el visitante.

Redobló el tamborileo de sus nudillos. Se quedó un instante perplejo porque no le habían abierto la puerta, sino que al sexto redoble, tras una pausa de espera la puerta cedía levemente.

Un instinto elemental alertó a Cradock. Era un modo demasiado original de cederle paso...

¿Andrew Slim Hamilton?

Introdujo la diestra entre su cinto y la camisa, como si se palpase la cadera izquierda.

Empujó un poco con el pie.

En el recibidor había luz, demasiada luz.

Asestó un patadón en la puerta y entró en forma poco normal. El sesgo, dando dos saltos en sentido contrario.

Permaneció contra la pared, a un lado de la puerta abierta, siempre con la diestra tocando la culata.

Empujó la puerta, sin perder de vista el umbral con cortinajes corridos. ¿Qué demonios significaba aquello Le abrían la puerta y desaparecían.

Los cortinajes, de un hermoso color tabaco, ondeaban aún levemente a ras del suelo.

¿Aire? ¿O producto de la carrerilla con la cual se esfumó quien abriera?

Fue avanzando, siguiendo con la espalda en contacto con la pared lateral.

Tras el cortinaje estaba la solución del misterio. Allí se escondía el «imponderable».

Venía a visitar a dos muchachas, sin una finalidad bien concreta... Y como en todo cuanto andaba metido Slim, había

trastienda.

La trastienda quedaría en evidencia tan pronto levantase el cortinaje. Había modos y maneras...

Empuñó una silla y la lanzó contra el cortinaje. Espero una fracción de minuto e irrumpió.

Ya no llevaba la diestra embutida, sino bien visible y describiendo un rápido movimiento semicircular.

La salita en la que acababa de penetrar, era un estudio con atisbos de artístico desorden.

Ninguna puerta abierta, ni balcón. Nadie... salvo una mujer tendida en la alfombra.

Siempre ocurría lo mismo. En momentos similares se prestaba atención a detalles superficiales.

Como, por ejemplo, la bata anaranjada que moldeaba el cuerpo femenino y que llevaba dos grandes iniciales en azul:

«C. W.»

Las piernas, en ángulo casi recto, ocupaban el primer plano visual.

Rusty Cradock oyó el silbido, al mismo tiempo que algo chocaba contra su cabeza.

Algo quemante, que colocó ante sus ojos una súbita cortina de puntos luminosos, antes del estallido explosivo.

«Una mujer muerta no puede disparar».

Esta reflexión fue su último pensamiento antes de sumirse en densas tinieblas.

El choque de su cara contra la mullida alfombra quedó amortiguado por el anterior contacto de sus rodillas y manos.

* * *

—La bala extraída de la pared corresponde a la pistola «Colt» que lleva las huellas de la mujer, sargento.

—Bien. ¿Y qué pasa con la otra? ¿Tendré que ir a buscarla yo en persona o qué?

—Lloyd acaba de telefonar que viene con ella.

—Ya era hora. Despejen. Tengo ya cuanto necesito. Usted, Sanders, dígame al inspector que no tardaré en darle mi informe completo. ¡Despejen!

Esto es lo que él necesitaba. Despejarse.

Algo le consolaba. Estaba vivo, puesto que oía perfectamente la voz autoritaria, próxima a su cabeza.

Movió los pies. Estaba tendido, y la nuca le reposaba sobre algo no muy blando, palpó a su derecha. Un diván, por almohada, uno de los brazos del diván.

Pestañeó. Le ardía la mejilla izquierda.

—Acabe de resucitar, Cradock. Un balazo de refilón en el pómulo no es para tanto...

Lo voz del que los otros llamaban sargento. Una voz agradable, bien humorada:

—El médico asegura que el impacto suave le quitó el sentido, porque le produjo un corte de digestión. Algo humillante para todo un veterano guerrero, ¿no, Cradock? Un reflejo nervioso en el estómago y todo un hombrón derrumbado y casi comatoso. Por si acaso, le advierto que además de llamarme Morrison, soy sargento de la Brigada de Homicidios. Sí, no importa que la muerte elija a una mujer. Sigue siendo un homicidio. Y usted va a explicármelo todo, ¿verdad, Cradock?

Rusty Cradock, ayudándose con los codos, logró incorporarse. Se masajeó la nuca, porque sentía algo parecido a vértigo.

—Tuvimos que asearle un poco, Cradock. El corte digestivo, le dio náuseas. ¿O le provocó los vómitos la impresión poco grata que debió producir el matar a una mujer?

Rusty Cradock buscó con la mirada la bata marcada con dos iniciales. En la alfombra solo había una mancha de sangre, donde antes se le apareció la femenina silueta contorsionada en forzada postura que únicamente la muerte podía haber suscitado.

—Fue al depósito. O la Morgue, si lo prefiere. No ha de extrañarle, Cradock. Es el sitio donde llevamos a los testigos que desgraciadamente no pueden contestar a nuestras preguntas.

Rusty Cradock contempló al sargento parlanchín. Un hombre rechoncho, de cara lunar y breve nariz respingona. Vestía como un tendero próspero.

Había malicia en la redondez de su semblante pecoso.

—Usted nos excusará el registro y estudio de sus objetos personales. Nos pagan por ser curiosos. He comprobado que tiene licencia para el uso de armas, puesto que le quedan de plazo veinte

días para beneficiarse del privilegio de poder emplearse como guardián con derecho a porte de armas. He comprobado también que tiene una buena hoja de servicios, Cradock, Ande, sea bueno y dígame por qué mató a la chica,

—Siempre hay imponderables —masculló Cradock, palpándose el pómulo recubierto de gasa y esparadrapo.

—¿Qué gruñe, Cradock? ¿Dónde encajan sus imponderables?

—La persona que le avisó a usted, agárrela bien, sargento. Es la que mató.

—Las personas que me avisaron fueron tres... El agente Langlen que oyó el disparo, su compañero de ronda y el inquilino del piso primero. Los tres subieron a la vez, corriendo, a ver los resultados del disparo. Le encontraron a usted boca abajo, sin sentido y a escasa distancia de la mujer muerta.

—Pero, ¡ella no pudo dispararme, puesto que estaba muerta!

—En un tiroteo, el que cae muerto gozaba de vida unos segundos antes. Detalle que es superfino le aclare a un exguerrero.

—Escuche, sargento, caray... Es lógico que usted pueda pensar...

—No puedo permitirme ese lujo —atajó el sargento—. No me dejan pensar. Solo puedo escuchar. Eso estoy haciendo, y si empieza usted desde el principio, verá qué bien va la cosa.

—A las diez, llamé a la puerta. No contestaban, pero estoy seguro de que alguien estaba mirándome. No le pude ver. Volví a llamar. Llamé por lo menos media docena de veces y de pronto la puerta cedió suavemente. Habían descorrido el pestillo. Entré. Aquel cortinaje se movía. Tiré una silla antes de entrar. Vi una mujer en el suelo. Estaba muerta. No cabe la menor duda... Me fijé en sus iniciales y entonces... el corte de digestión. Pero, ¡no fue ella la que disparó, demonios, no fue ella!

—No se ponga histérico, guerrero. ¿Tiene costumbre de exhibir su pistola como tarjeta de visita?

—Comprendí que había algo sucio en la manera de abrir... Es usted muy dueño de no creerme, pero es la pura verdad.

—¿A quién venía usted a visitar tan cariñosamente?

—Supe que un antiguo amigo mío era novio de Cora Wilder. Hace casi un año que no le veía y pensé que Cora podría decirme dónde se encontraba él.

—¿Quién es él?

—Andrew Hamilton.

—La bala que no le rompió a usted la cabeza de milagro, procedía del «Colt» que colocaron en la mano de la muerta. O sea, después de dispararla. Muy torpe todo. Le quisieron endilgar el asunto.

—¡Vaya! Tendré que encenderle una vela a la Providencia. He topado con un policía listo,

—Lo soy. Y más cuando los demás son tan torpes. Estamos esperando a Hamilton y a Cora Wilder.

—¿A Cora... Wilder?

—La muerta era Coleen Ward. Se rompió la base del cráneo al chocar con aquella repisa. La empujaron involuntaria o deliberadamente... Lo cierto es que ya llevaba largo rato muerta, y si usted me demuestra que no tocó la puerta antes de la diez...

—Los del «ferry» lo atestiguarán. Estuve charlando con el segundo maquinista,

—¿Se preparaba anticipadamente una coartada por si acaso?

—El maquinista me confundió con un conocido suyo. Charlamos de nada y de todo un poco... ¡Eh! ¿Para qué iba yo a buscarme ninguna coartada?

—Suelo echar bromas para disipar la tensión siempre existente entre el más honrado de los ciudadanos y el más honesto de los policías. Es el sino fatal del polizone. Inspirar desconfianza... ¡Adelante!

El autor de las toses sustitutivas de llamada ante una puerta que no existía, apartó los cortinajes y entró.

—¿Qué sucede, Lloyd?,

—Algo extraño, sargento. Encontré a la señorita Wilder acompañada del señor Hamilton en el «Morocco». Les invité a venir, preguntando a la señorita si conocía a un tal Rusty Cradock, y me contestó que no. El señor Hamilton se dirigió al guardarropía y, lo siento, pero... parece como si hubiera huido.

—¿Solo le parece? ¿Lo trae o no lo trae?

—No, sargento.

—Usted invitó a Hamilton a venir aquí. ¿Qué le replicó?

—Aceptó muy correctamente, sin oponer el menor reparo. No pude nunca imaginarme que escaparía. Pero ahora, sí... Me doy cuenta que cuando cité los nombres de Rusty Cradock, él se

sobresaltó.

—Darse cuenta después, es lo que le hará envejecer de agente segundo, Lloyd. Vuelva con la señorita Wilder, si es que sigue esperando. Despeje.

Salió el agente de segunda. Añadió Morrison:

—Exhibe usted una risa silenciosa que no se me contagia, Cradock.

—Estaba pensando que posiblemente Hamilton, al saber que yo aparecía complicado en un asunto de asesinato, no quiso poner a prueba nuestra amistad.

—Lloyd es bastante romo y obtuso, pero no tanto como para invitar a Hamilton a que viniese a declarar sobre el asesinato de Coleen Ward. Un individuo suspicaz podría pensar que usted le produjo a Hamilton el deseo incontenible de batirse en retirada estratégica. Lo evidente es que, con su escapatoria, se ha complicado la existencia.

—Mientras no me compliquen la mía... Yo ya he dicho la verdad, toda la verdad y nada más que toda ella.

—Eso lo decidirá el inspector Douglas. No tengo atribuciones para soltarle todavía Cradock. Personalmente le juzgo ajeno a la muerte de Coleen Ward, pero esto lo dilucidará el inspector Douglas. ¿Conoce a la señorita Wilder?

—No.

—Entonces es inútil carearlos. ¡Sanders! Acompañe en calidad de testigo esencial, al señor Cradock, a Comisaría.

Salieron por el recibidor, pero no estaba allí Cora Wilder.

La oficina donde el agente Sanders acompañó a Cradock, señalándole una silla, no tenía mucha diferencia visible con cualquier otra dependencia dedicada al papeleo.

Salvo que los hombres que consultaban archivos, escribían notas y dictaban a mecanógrafas, tenían un aspecto más amable que los funcionarios estatales de otros departamentos no policiales.

Pasaron los minutos y nadie parecía acordarse de Rusty Cradock. Era ya la una de la madrugada cuando Sanders volvió a entrar.

Tocó en el hombro al que trataba de dormir en la silla.

—Firme aquí, señor Cradock, inscribiendo su domicilio. Lea, por favor, antes de firmar.

Leyó Cradock, mientras a su lado recitaba Sanders:

—Al firmar da usted fe de que no ignora su obligación de no cambiar de domicilio ni salir de la ciudad, sin previo aviso. En calidad de testigo esencial. Gracias.

Recogiendo el firmado documento, añadió Sanders:

—Compruebe si le falta algo.

Recogiendo sus objetos personales, inquirió Cradock:

—¿Puedo irme?

—Sí. Buenas noches, señor Cradock.

En la calle, dirigiéndose hacia el «ferry», Rusty Cradock recordó cuando en el frente, tras horas de espera de un ataque se quedaba fatigadísimo, casi decepcionado, al no aparecer el enemigo.

CAPÍTULO IV

Sofía Amalfi se removió en la blanda y perfumada cama, donde sobraba mucho espacio.

Sería muy higiénico dormir con la ventana abierta, pero cuando alguien vociferaba, resultaba incómodo.

Y el que vociferaba tenía un vozarrón muy sonoro.

Se despertó ella del todo, repentinamente. Solo un napolitano podía pronunciar tan jovialmente el insulto:

—...Y nada de tiesuras arrogantes, «mascalzone». Si la señora duerme, ¿deja por eso de ser la señora el embeleso de las tristes pupilas de un pobre «lazzarone» desterrado? Está bien, ciérreme el paso, écheme, pero sin bramar, «mascalzone». ¿Qué se propone usted?... ¿Despertar a la señora?

Sofía Amalfi estaba ya en el balcón.

No veía al mayordomo, pero sí al gesticulante hombrecillo de vozarrón tronitruante.

Conradino, retrocediendo, se cruzó de brazos en digna actitud:

—¿Qué se creyó usted, «mascalzone»? ¿Que soy un mendigo escandaloso? ¿Mendigo, yo? ¿Yo, Conradino, el «lazzarone» por quien lloran todas las «trattorias» lágrimas de cal?

—Váyase, buen hombre, o me obligará a llamar a la patrulla.

—¡*Má, peccato ché me displace questo schifoso!* Estoy en la acera y es terreno libre, ¿o es que no estamos en la tierra de los libertadores de Europa, incluyendo a Nápoles? ¿La policía, a mí? Fíjese lo que les dedico a la policía y a usted, ¡«pulcinella»!

Y Conradino Arbiroyan, que ya había avistado la blanca silueta en el balcón, dio unos saltitos muy grotescos.

Extremadamente ágiles, porque a la vez que se palmeaba los tacones, alternaba con toques de trompetilla.

La burla con la cual los pilletes napolitanos acogían la llegada de los «carabinieri» antes de emprender la huida, suscitó en Sofía Amalfi una alegre y emocionada risa.

Conradino alzó la vista, se atusó las guías de su mostacho y efectuó una honda reverencia.

Desde arriba, dijo ella:

—Adams, deje pasar al señor. Al salón de amigos, Adams.

Se retiró Sofía Amalfi. El mayordomo Adams abrió del todo la puerta.

Conradino Arbiroyan no abusó de su triunfo. Se limitó a caminar sobre la punta de los pies, bombeante el torso.

Si no fallaban sus cálculos, si conocía bien a las «ragazzas» napolitanas, de aquella visita podían resultar grandes beneficios en dólares o sacar el hilo para ovillar la madeja.

* * *

La morena que entró en el salón era ondulante; compacta y de soberbia figura.

El salto de cama, sedoso, ribeteado de encajes y tornasolado, realzaba el rotundo busto exuberante. Los negros ojazos tenían honda malicia y la sonrisa de la boca sensual era hechicera.

De aquellos labios, la dulce parla nativa manaba como ambrosía...

—¿Pues y qué, amigo mío? ¿Te parece bien despertar a tu embeleso que dormía? ¿Cómo supiste que yo era napolitana?

—Anoche mi corazón trepidó, al verla pasar lejana como una diosa arrogante y su recuerdo embelleció mi solitaria noche...

—Tutéame. Hace un año y medio que faltó de Nápoles y es como si la hubiera abandonado de chiquita, me llamo Sofía.

—Conradino postra su alma a tus pies. Y siento ganas de gritar mi júbilo, oh, Sofía, magistral criatura, pasmo de mis ojos. Solamente una gran señora napolitana sabe recibir así a un pobre desterrado.

—Nadie te obligó, Conradino.

—Pero aquí estoy, y maldito sea yo por ambicioso. Allá no ganaba mucho dinero, pero vivir es un placer. Yo era un sabio. Me agitaba, pero sin obligaciones, rebullía sin sentir cansancio y gritaba gozoso... Cantando, bailando, calentándome al sol de la felicidad. Vivía, porque estaba en Nápoles, acariciado por el aire más tierno y aromático del universo. Y contemplaba las mujeres más hermosas del orbe entero.... ¡Aquello era vivir! ¡Mísero de mí! Los yanquis nos inundaron de chicle y dólares... Dejamos de ser sabios y nos sentimos ambiciosos. Quisimos dólares... ¡Los tenemos! ¿Y qué?

—¿Tienes muchos dólares, Conradino?

—Trece con cuarenta.

No cabían equívocos. Confraternizaban. Rio ella como hacía dieciocho meses que no reía.

Y Conradino efectuó el «paso del camello», la burla al turista nórdico.

No cabían equívocos entre ambos. Sofía era una muchacha de barrio humilde y Conradino era el perfecto simpático, eventualmente guía de turistas, si la policía no rondaba.

—Está bueno, está bueno, Dino. Tienes el mismo diablo en el cuerpo. ¿Has desayunado?

—Contemplarte sacia todos mis apetitos.

—¿Te hace falta dinero?

—Por ti sería capaz de ganar millones.

—¿En qué puedo favorecerte?

—Déjame solo admirarte, y solamente cuando salga de aquí volveré a ser un vulgar mortal con apetencias rastreras. Eres un prodigio de mujer y en tu semblante hay la delicadeza de una Afrodita de la antigua Capua, pero tu dueño y señor, ¿posee nuestra tolerancia? ¿Le placirá verme aquí, aunque sea yo un mísero mono robusto?

Una sombra de fastidio borró la luz alegre de los negros ojos.

—Si te dijeron que estoy casada, pudieron también añadir que ya pronto volveré a ser libre y muy dueña de mi persona. Hace ya semanas que me trasladé a esta casa, donde el que era mi esposo ya no viene.

—¡Vil bergante! ¿Te tuvo, te tiene y se abstiene? ¿Es tan botarate que no intenta tu reconquista? ¡Ah, «fiero mascalzone»!

—No hables de lo que ignoras, Dino. Me enfadaré.

Puso Conradino cara de compunción, y ella rectificó:

—No me enfado contigo, porque eres un simpático y desvergonzado perillán. ¿Qué te proponías lanzando bramidos para que yo te oyera?

—Verte de cerca. Adorarte. Y ahora lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que es falso. No puede existir para ti ninguna competencia. Donde tú pisas, las demás se aplastan invisibles. Allí donde tú estás, reinas sola. Es falso que tu dueño y señor...

—¡Ya no lo es, deslenguado tunante bribón! —exclamó ella, fulgurantes los ojos—. ¿Y si te hincase mi tacón en la nariz?

—Los jilgueros cantarían en mi alma, porque así me sería otorgado el poder besar la planta de tu chinela, tierna y salvaje Sofía.

—¿Qué te han dicho, Dino?

—Lo que me dijeron al oído era tan increíble, que lo borré a puñetazos de la insolente boca del que osó...

—¡Dímelo!

—Cuentan que un millonario te raptó después de pasar ante el juez militar americano de los casorios. Dicen que no sabiendo comprender toda la riqueza de tu espíritu, el torpe varón fue a enamorarse de otra. Susurran que lloras su ausencia.

—¿Yo? ¿Llorar Sofía por un tusco y desangelado yanqui? Fíjate cómo me río, Dino.

—Ya me dijo. Y es cierto lo que tus labios dicen. Tanto te ríes, que en los abanicos de tus pestañas se forman perlas de rocío. Tanto te carcajeas que en el azabache de tus ojos maravillosos se condensa la niebla gris del llanto.

—¡Fuera!

La chinela, rápidamente descalzada, llevaba por destino la cabeza de Conradino, que con uno de sus inesperados saltitos quedó en pie, cazando al vuelo la filigrana de espuma y raso.

Besó devotamente el pompón de la chinela, rodando los ojos en blanco.

Ella rio entre lágrimas. Tendió la pierna, arqueado hacia abajo el pie de rosadas uñas.

Rodilla en tierra, Conradino elevó en alto la chinela.

Tras la cortina del umbral, oculto, el mayordomo Adams esperaba intervenir apenas le llamase la señora Emerson.

Adams no había estado nunca por la comarca napolitana. Ignoraba la sal de la conversación gesticulante, alternativamente riente y amenazadora.

—¿Pues y qué? —argumentaba Sofía Amalfi—. Te permito entrar en mi casa, te trato como a un amigo, a ti, al que nunca vi hasta ahora, y me recompensas enojándome. Devuélveme mi chinela.

—No seré tan cruel conmigo mismo, como para privarme de la

visión de este piececito que debe ser tibio y fresco como el pez recién echado sobre la arena.

El diminutivo halagó a Sofía. Sus pies eran su complejo secreto.

—Eres inteligente, Dino. ¿A qué has venido?

—Me dije que si te podía ayudar, y a la vez podías regresar a Nápoles con veinticinco mil dólares limpios de polvo y paja... ¡qué gran bromazo! Un dinero que no procedería de tu dueño y señor, sino... ¡ríe, mi reina Sofía, ríe!... el dinero procedería de la loca ricachona yanqui que pretende ser tu rival... ¡Ella nos dará el dinero para el viaje de regreso en primera preferente de lujo!

Chispearon los ojazos de Sofía Amalfi.

Pareció repentinamente una gata buscando dónde arañar. Se retrepó como disponiéndose a saltar.

—¿La conoces? ¿Es ella la que te envía, Dino, amigo mío?

—Me has enojado, señora Emerson. Ya no quiero ayudarte. No te mereces volver a Nápoles. Perdiste el derecho a volver, porque ofendes con tus suspicacias a un honesto pícaro que estaba dispuesto a ser tu rendido perro esclavizado.... Adiós, señora Emerson...

—¡Sofía Amalfi me llamo, tunante desvergonzado! Siéntate a mi lado... ¡No quiero que te vayas así, Dino! Siéntate y habla, Dime lo que has pensado...

Conradino Arbiroyan habló más de media hora, intercalando de vez en cuando saltitos, zapatetas, contoneos y pasos de baile clásico.

Adams le acompañó con gran alivio a la puerta.

Solamente un demente podía hablar en un lenguaje tan ruidoso e incomprensible, que para hacerse entender necesitaba reforzarse con brincos y grotescas contorsiones.

* * *

—La mañana luce gloriosa, Rusty. ¡Caramba! ¿Ya no usas maquinilla eléctrica? Comprendiste que nada afeitada mejor ni produce mayor satinado en nuestro viril cutis que una navaja barbera. Pero tu jabón no es oloroso, sino antiséptico. Tendré que comprarte un tubo oliendo a violetas y rosas.

Conradino procedió a enjabonarse.

Rusty Cradock, en camiseta y «slip», siguió efectuando sus

ejercicios gimnásticos.

En su pómulo izquierdo un tafetán disimulaba bastante el surco repleto de pomada coloidal. Solo quedaba una leve tumefacción como recuerdo del plomo que resbaló sin penetrar.

—Tuve una noche agitada, Dino. A las dos fui al sastre, a las siete la primera prueba, y ahora estoy esperando el ajuar. No, no empleo navaja barbera, y lo sabes. Este adorno no me lo he hecho afeitándome. Fue un balazo de refilón.

—Las hostilidades mundiales terminaron, hombre.

—No quise seguir tu consejo acerca de la venganza lenta y resabiada, Dino. Fui a Oakland. Encontré una puerta abierta, entré y me tropecé con Coleen Ward, la amiga de Cora. La contemplé allí echada, y se me cortó la digestión.

—¿Tan provocadora estaba?

Flexionando las rodillas a la vez que elevaba los brazos, el musculoso Cradock, fibra enjuta sin un gramo de adiposidad, continuó:

—La bala pensaban alojármela en el seso y no me hubiera estado mal empleado. Pero la sacudida muscular y la visión de Coleen Ward, con la nuca hecha papilla, me revolvió el buche y perdí el sentido. Cuando cesó el malestar, me encontré con otro mucho peor. Un sargento de la policía, a mi lado.

—Pues sí que la hemos hecho buena, ahora. ¿No teníamos que ganarnos montañas de «eses» mayúsculas con dos barritas?

Rusty Cradock explicó sus declaraciones al sargento Morrison, su espera en Comisaría y la firma de su reconocimiento de ser testigo esencial en la investigación de la muerte de Coleen Ward.

—Ahí estuvo el imponderable, Rusty.

—¿No fue mala suerte? Ir yo, precisamente cuando estaban registrando después de matarla... Porque alguien había registrado.

—La policía.

—No. Me di cuenta apenas sonó el disparo. Compréndeme... Observé, sin sacar aún la deducción, los cajones abiertos, los cuadros ladeados, y todos los síntomas del desorden de un registro rápido.

—Y el que desnucó a Coleen te quiso cargar la faena. Si atrapan a Hamilton, y lo atraparán, saldrá a relucir vuestra cuenta pendiente.

—No creo que a él le interese revelarlo.

—Pero si es un flojo y entre cuatro policías lo ponen blando a base de porrazos, cantará.

—Aunque así fuese, ¿de qué podrán acusarme? ¿De intención de buscarlo para ajustarle las cuentas? Conformes. Pero Slim no ha muerto. No hay ley que castigue la supuesta intención de matar a alguien. Si existiese, las calles quedarían vacías y las cárceles repletas.

—Escucha, Rusty, ya que has tenido la suerte de cara...

—De refilón. ¿Suerte?

—De momento, deja aplazada tu cuenta pendiente con Hamilton. Piensa solamente en la venusina Susan y sus sesenta mil a la vista.

—Diez mil.

—Sesenta mil, hombre. He echado un vistazo al campo de operaciones y la Sofía, aparte de ser un monumento...

Llamaron a la puerta. Dos botones cargados de largas cajas entraron, seguidos de un atildado individuo.

Presentó la factura de ropa interior, camisas, corbatas, calcetines, zapatos, dos trajes y un smoking.

Conradino Arbiroyan se mordió los labios al ver los billetes de cien cambiando de dueño.

Los botones y el empleado de «Todo a la Medida en Ocho Horas» abandonaron la alcoba.

—Hoy es domingo y hemos de respetarlo, mi capitán —y Conradino fingió saludar militarmente—. ¿Qué uniforme escoge usía?

—El canela claro. Camisa crema, corbata vinosa con arabescos, calcetines cremosos y los zapatos negros. Voy a estar de un guapo subido.

—Por si no te lo dije, Sofía es un pastel trufado.

—Me dijiste lo mismo de aquella Sofía Sorrento, la que era amiga de tu primo segundo. Y era un globo mantecoso.

—Ten presente que estamos en vísperas de la Era del Busto. La privación masculina por los frentes de batalla y la constante lluvia de obuses, acrecentaron el volumen de la nostalgia... Los fabricantes de fundas austeras se enriquecerán cuando acepten mi patente. Arcos de flexible acero y rellenos de espuma que...

—Regresa a Sofía, esposa de «Fru-fru».

—La vi anoche, cuando regresaba del teatro. Maravillosa... De perfil tiene algo de ave en el semblante, y mucho de curvas muy suyas. De frente, tumba de espaldas al más impávido. Me costó un dólar con treinta el café.

—Mucho café.

—Cincuenta de café y el resto en matarratas para un chismoso que ya estaba en uvas. Su tajada era verbosa. Y además era vecino de Sofía. No sé si es triste o es satisfactorio informarte que averigüé que Sofía es casquivana y voluble como la pluma que al viento se cimbrea. Riñó ayer con su décimo suspirante. Hoy es domingo, Rusty. ¡Día de los audaces conquistadores! Ataca... «Veni, vidi, vinci...» ¡a mí la infantería de choque!

—A las doce, Susan tiene que darme el visto bueno.

—Te lo dará. Estás a punto para que te cace un «busca Apolos» de Hollywood. Podríamos ir a almorzar al «Gipsy». Allí va Sofía. Eché un vistazo al registro. Nació en Campanile. Conozco Campanile como mi propio bolsillo. Al ver a Sofía me arrojo sobre ella con grandes muestras de sorprendido alboroyo. ¿Qué tal el «padrone» Tulio? Casi seguro que habrá algún Tulio vejestorio en Campanile, y si no lo hay, da lo mismo. Luego te presento a Sofía. Soy un «lazzarone» de clase infinitamente superior, Rusty.

Se contempló Cradock en el espejo, anudándose la corbata. Era evidente que una camisa cara, un traje bien cortado y unos zapatos a la medida, le daban a uno la sensación triunfante de ser un dominador.

Pero había una nube en su horizonte.

—Fue mala suerte, también... —masculló—. Vete ahora a pescar a Hamilton... Se ausentará por una larga temporada.

—Entrar en tu tierra ya es difícil, pero salir, cuando la policía avisa que se tengan las puertas cerradas, le resultará imposible a Hamilton por más recursos de que disponga.

—Se esconderá hasta que pase el temporal.

—O repuesto del primer susto, habrá ido a visitar al sargento Morrison para espetarle: «Mire, mi sargento, me dio tanta impresión la muerte de Coleen, que me fui a tomar unas copas y me pasé de raya».

—No le revelaron que Coleen había muerto. Se largó cuando le

mencionaron mi nombre.

—Entonces le dirán que si huyó fue por estar complicado en la muerte de Coleen y tendrá que revelar por qué tu restallante nombre le causó tembleque. Saldrías ganando tiempo y ahorrándote molestias, si le contases a Morrison la faena que te jugó Hamilton.

—Lo que sea, sonará. Voy a por el visto bueno de mi patrona. Me esperas en la cantina. Te telefonearé allí cuando ella me suelte del collar. Hasta luego, Dino. Toma y liquida mi cuenta. No te olvides de devolverme el cambio.

—Tendré que olvidarlo, ya que te invito a comer al «Gipsy». Recuérdalo, gran hombre... ¡O *mía doce é cara Sofia!*

En el pasillo, con las manos en la nuca, Conradino balanceó las caderas como una odalisca.

Rusty Cradock bajaba ya en el ascensor.

* * *

—Esta ropa le sienta bien, Cradock. Seguramente antes le gustaba vestir bien.

—Mucho. ¿Cuáles son sus instrucciones para hoy, señorita Forrest?

—¿Tiene prisa?

—Sofía va a almorzar sola al «Gipsy». No conozco el local, pero un almuerzo allí no me sentará peor que en otro sitio, salvo su mejor parecer.

—En este sobre tiene usted dinero para los gastos que llamaremos de representación. Esta tarde, a las cuatro, vendrá a recogerme, no en Twin Peaks, sino en Che Mission. Puede conseguir alquilado un dos plazas «Minerva» en el garaje cercano a mi casa de Twin Peaks.

—Lo elegiré digno de su estampa.

—Lo alquila por una semana. Vendrá a recogerme con el nuevo coche.

—A sus órdenes. ¿Puedo retirarme o manda algo más?

—Puede sentarse y no suponerse gracioso. ¿Un Martini?

—Me resignaré a un Campari. Es dulce y a la vez amargo. ¿Le gusta?

—Demasiado meloso en su acritud. Un Campari, Ted.

—Este bar es tan discreto, que hasta resulta escandaloso.

—Los enamorados que prefieren no ser vistos por las calles, lo eligen como lugar de reunión. Si me intereso por su salud, no me responda cáusticamente, Cradock. ¿Qué le ha sucedido?

—Tropecé a oscuras y me corté con una arista de la cama.

El camarero dejó ante Cradock el aperitivo italiano, color de jarabe de grosella. Bebió Cradock un sorbo.

Se le atragantó al oír:

—Lamento tener que ser ofensiva y práctica, Cradock. Usted firmó ayer un contrato conmigo. La ropa que lleva se la he pagado yo, del mismo modo que liquidado su cuenta del hotel con mi dinero. Hice un trato leal. A partir de ayer, cuando usted firmó y aceptó, creí que usted obraría con lealtad... No críspelo tanto las manos, Cradock. Romperá el vaso... Me limito a hacerle saber que es desleal por su parte atender a sus asuntos personales, mientras perciba una paga mía.

Rusty Cradock alzó y bajó la cabeza, como si el cuello de la camisa le viniese repentinamente estrecho.

Susan Forrest, cortante la voz, prosiguió:

—Entró usted en una casa del barrio de la refinería de Oakland, y a los pocos instantes, tras un disparo subían corriendo dos policías. Permaneció usted más de una hora con la policía, y cerca de dos en la Comisaría.

—Su espía hubiese podido ser tan amable y eficiente como para entrar conmigo en la casa donde hubo el disparo. Escuche, señorita Forrest... Me lo he merecido, y aunque me escuece, he de admitir que tiene usted toda la razón. Pero no debe llamarme desleal... Lo sería si hubiese mencionado una sola palabra de nuestro contrato en mis charlas con la policía.

—Pero usted se comprometió.

—¿No estoy aquí luciendo la ropita que usted ha tenido a bien pagarme? Fui a adquirir noticias de un amigo mío. Entré en el piso de su novia, cuya puerta estaba abierta, y encontré a una mujer desnucada.

—Le comprometería esta huella en su pómulo.

—Fue el balazo mal dirigido. No pude atrapar gatillero por la sencilla razón de que perdí la noción de las cosas más elementales. De todos modos, la policía comprendió que el asesino intentó

aprovechar mi visita para escudarse. Quiso valerse de la coincidencia imponderable de mi llamada. Pero a usted lo que interesa es ver que la policía me ha dejado libre, ¿no es así?

—Concedo tanta importancia a nuestro contrato, que si por cualquier imprudencia usted me demostrase no haber sabido ser el hombre inteligente que me supuse... le guardaría un gran rencor, ¿sabe?

—Soy todo suyo, señorita Forrest.

—Procure no olvidarlo.

—Me gustaría tan solo poder cantarle una gran verdad.

—He oído muy pocas verdades en mi vida.

—Es usted profundamente antipática, Susan. Deliberadamente antipática. Comprendo por qué la califican de «Venus Frígida». Una estatua sin sol que entibie el mármol y con una calculadora por corazón... Bien, ya me pasó el arrechucho, señorita Forrest.

Seguía ella siendo una impasible belleza marmórea, añadió Craddock:

—Déjeme pasar revista a la orden del día. Un «Minerva» dos plazas, en el garaje próximo a una de sus tantas casas de la ciudad. A las cuatro en punto y conmigo dentro, ante su casa de la aristocrática Mission. Por la tarde, me toca el traje oscuro. Azul con rayas, señorita Forrest. ¿Corbata gris como la camisa, señorita Forrest, o me compra usted otra?

—Algún día tal vez quiera contarme por qué está usted tan amargado.

—Y usted también. ¿Puedo retirarme, señorita Forrest?

—Quisiera oírte explicar qué plan tiene proyectado durante su almuerzo en el «Gipsy».

—En Nápoles conocí a un nativo que me pareció un payaso, hasta que me di cuenta que Dino poseía los conocimientos de miles de años de sabiduría popular. Me daba cien vueltas, como a cualquier yanqui ingenuo. Me cogió ley. Y yo a él. Logré que lo alistarán como «seguidor», es decir, lejos de la línea de fuego, pero ayudando a los rancheros. Así podía traficar.

Susan Forrest escuchaba con aspecto de indiferencia, aunque sus ojos eran siempre inquisitivos.

—Después le conseguí el permiso para desembarcar en los Estados Unidos como turista. Había ganado un premio a la lotería y

se empeñó en que pudo ganar gracias a que yo le facilité su acceso a los negocios de suministro de cocinas. Es napolitano, y sin explicarle mis propósitos, o mejor dicho, los suyos, señorita Forrest, le dije que me gustaba horrores una napolitana llamada Sofía, futura divorciada del señor Emerson.

—Prácticamente viven ya separados. ¿Cómo abordará a Sofía?

—Dino me facilitará la presentación... Como puede apreciar, el hecho de haber coincidido en Nápoles su próximo marido y yo, con Sofía y Dino, convierte nuestro contrato en un pleno acierto por lo que a lo preliminares se refiere.

—Me duele tener que reconocer que Sofía Amalfi no es ninguna fácil coqueta.

—Y eso, ¿qué importa? Usted desea ridiculizar de forma aplastante a Emerson, ¿no? A eso voy. A la cuatro le informaré a usted de mis primeras impresiones sobre Sofía. ¿Puedo retirarme?

—Cuando guste.

En pie, Cradock se inclinó un poco. El diván de media herradura era de alto respaldo. Permitía aislarse a las parejas.

—Deseo anunciarle algo, señorita Forrest. Tengo la impresión de que a veces alguien me sigue. Muy discretamente. No quisiera yo estropearle el físico a algún secretario suyo.

—Creo que ya no será preciso que le sigan. Fue una desconfianza premeditada la que me hizo asalariar un excelente tirador. Necesitaba estar seguro de que usted... —y titubeó ella.

—¿De que yo no fuese a venderle el contrato a Frederik Emerson? Es verdaderamente penoso, señorita Forrest, que nosotros dos tengamos tan poca esperanza en la humana honradez. Gracias por el aperitivo.

Susan Forrest no miró hacia el elegante excombatiente que abandonaba el bar.

Entornados los párpados, se plasmaba en su semblante la ambigua sonrisa de la Gioconda.

La mueca femenina cuyo misterio permanece eternamente indescifrable.

* * *

—El confort es la plaga de la Humanidad, Rusty. En tanto fui un

saludable «lazzarone» ignorante de neveras, calefacciones, sacajugos, tostadoras y demás calamidades que han propagado los mercaderes yanquis, yo era un perfecto gandul feliz. La sobriedad de mi raza y nuestro conformismo estomacal, me permitía vivir, ir viviendo amablemente, sin pensar en trabajar. Aparecisteis vosotros...

Acortó Cradock su zancada.

—Nunca te lo he preguntado. Dino. Pero una vez, una mujer vino a visitarte al campamento. Lloraba mucho, agitaba los puños... y era una anciana.

—Nuestras mujeres lloran y ríen con suma facilidad, Rusty.

—Tal vez, pero después de aquella visita estuviste algunos días muy tétrico, Dino. ¿Y sabes por qué he pensado ahora en aquel incidente? La anciana que acaba de pasar por mi lado, tenía la misma expresión de odio contenido que aquella que te visitó en el campamento de Piedimonte, días después del final de Montecassino.

—Bah, bah... Aquella vieja me llamaba traidor y otras lindezas, debido a que retocó un poco con una nieta suya... que pereció aplastada entre dos paredes, cerca de Montecassino, un avión yanqui... Le dije a la vieja que aquellos acontecimientos eran cosas de la tierra. Tú ya te diste cuenta de cómo somos. Muy vehementes entre nosotros. Parece que nos vamos a morder y acabamos besándonos. Olvídalo, Rusty, olvídalo. Lo mismo le dije a la vieja aquella. No se hacen buenas tortillas sin romper algunas toneladas de cascaras. Era la guerra. Y para la próxima, ya no nos cogen desprevenidos. Estamos entrenados. ¡O *mía cara, mía doce Sofietina!*

—No llegaré nunca a entender vuestro complicad carácter. ¿Será Sofía otra simpática criatura endemoniada?

—Es puro néctar. Es un ángel que cayó del cielo es una diablesa que emboba, es Eva la paradisíaca, es... ¡una napolitana!

—Te recuerdo que nos conocimos en Nápoles, Dino «mío caro e bravo lazzarone». Y por allá abundan las napolitanas. Nos llamaban «muñecos tontos» a los yanquis.

—A ti no, Rusty, a ti no. Si fueses un muñeco necio, Susan no te hubiera contratado. Damos vista a la fortaleza, infante, y en su interior pronto se nos aparecerá el rico botín. ¡*Avanti, bersaglieri!*

CAPÍTULO V

El «Gipsy» debía su nombre zíngaro a la orquesta de violinistas que pretendía amenizar aperitivos, comidas y digestiones.

Conradino Arbiroyan eligió la mesa. Cerca del estrado, porque según informó era también la cercanía que buscaría la enamorada de la música lánguida de los violines sentimentales.

Cuando Sofía Amalfi fue a sentarse a dos mesas de distancia, Conradino susurró:

—La tienes de frente, Rusty. ¿Es o no es un portento?

—Lo es. Pero ya que estás de espaldas a ella, sigamos moviendo el bigote y la reconocerás de pronto, a la hora del postre. Primero quiero atender a mi repuesto de calorías y vitaminas.

—Tu frialdad me abruma, Rusty.

—No es asunto de pasión, sino de negocios. Si Sofía es tórtola propicia al divaneo...

—Devaneo.

—Ya, pero yo aludo al diván preliminar. Si lo es, mejor, y si no, sabremos ingeniar algún medio para enfangar el prestigio de «Fru-fru».

Sofía Amalfi de Emerson se comportó como una excelente actriz.

Mordisqueaba con aspecto de fastidio, sonrió amablemente al violinista en jefe dándole una generosa propina, y aparentemente, no prestaba la menor atención los demás comensales.

Y la breve comedia que siguió, a la hora de los postres, fue perfectamente interpretada por los dos cómplices.

Regresó Arbiroyan de la mesa de ella, al cabo de unos minutos.

—La diosa picó. Te he puesto por las nubes como prototipo de varonil discreción. Ven.

Mentalmente, la napolitana decretó que, a pesar de ser yanqui, Cradock tenía «algo».

Supo ser gran señora.

—Su amigo es gracioso. Ha suscitado en mis nostalgias la emoción de unos recuerdos en común. Siéntese, señor Cradock.

—Nos sentamos, nos sentamos —afirmó Conradino sin hacerlo —. Estaba yo sorbiendo el café y al mirar hacia atrás me dio un

vuelco el corazón. Rusty creyó que me daba un colapso. Le dije: «Que me cuelguen si esta dama de belleza sin igual no es de mi pueblo, y familia del sabio Tulio. Se llama Sofía y basta admirarla una vez para nunca poder olvidarla.»

Sofía Amalfi rio suavemente.

—El señor Cradock no se extrañará de que no conceda excesiva importancia a las presentaciones convencionales. Basta que Conradino sea de mi misma ciudad para que le considere un antiguo amigo, y sus amigos...

—Se benefician conociéndola. La estuve observando y tenía la certeza de que era usted italiana...

—Bien, bien... —intervino Conradino—. Iniciada vuestra relación bajo felices auspicios, me ausentaré por unos instantes, en busca de cigarro a mi medida.

Conrado Arbiroyan se alejó sin esperar respuesta. Comentó ella:

—El pretexto que dio su amigo para trabar conocimiento, ha sido hábil. Nunca conocí al patriarca Tulio, pero fingí que así era. ¿Sabe por qué?

—No.

—Porque me aburría sobremanera.

—Eso me pareció adivinar en su expresión, Sofía.

—Hoy es domingo y hay días en que una se encuentra muy sola, Rusty. Además, los violines exasperan mi fibra emotiva, cuando estoy lejos de mi patria.

—A mí me exasperan, suenen donde suenen. Por suerte, ahora descansan.

En la cabina, Conradino Arbiroyan marcó el número del teléfono al que acudiría personalmente Frederik Emerson. Un informe dado por la señora Emerson, nacida Sofía.

El rostro de Conradino se contrajo en mueca divertida al especificar:

—Avisen inmediatamente al señor Frederik Emerson. Es urgente y de parte de su esposa.

—Al instante. No se retire, por favor.

No tardó mucho otra voz. Inquiriendo:

—¿Quién...? Al habla Emerson.

—Hola, imbécil. Si tu esposa se llama Sofía, y está despampanante y tiene por costumbre almorzar en el «Gipsy»,

entonces bueno será que sepas que la estoy viendo incendiando de sobremesa a un impresionable buen mozo.

—¿Usted quién es, por favor?

—No te cobro por el servicio, Emerson. No tenía ni idea de lo que ocurría, pero oí conversar a dos caballeros que tomaban unas copas aquí en el «Gipsy», y uno de ellos decía que la amartelada pareja de la mesa ocho, resultaba un espectáculo gracioso, teniendo en cuenta que el pavo real llamado Freddy Emerson, aún seguía siendo el marido, y pronto iba a convertirse en...

Conrado Arbiroyan mugió ruidosamente. Colgó.

Y se frotó las manos complacido. Le deleitaban las intrigas.

Permaneció en el mostrador, contemplando a la pareja que parecían sentirse muy confidenciales.

—... y así fue como terminó mi campaña. Pero hablar de mí, es un tema carente de interés. Hábleme de usted, Sofía.

—Pregunte.

—¿A fondo?

—Inténtelo.

Y la sonrisa femenina compendió mucho incitación.

—¿Por qué está sola y aburrida? ¿Qué pasa con su novio?

—No lo tengo.

—No me diga que es casada.

—Lo soy. Pero virtualmente libre de mi persona, ya que estoy en los trámites y víspera de viaje a Reno. Incompatibilidad de caracteres.

—Seguramente, crueldad mental. Es la fórmula comercial de Reno. Pero más que crueldad mental, su marido demuestra anemia cerebral.

—No, no —rio ella—. Es muy inteligente.

—Imposible. Si lo es, ¿cómo es posible que se acomode a un divorcio?

—Tal vez porque él y yo hayamos dejado de amarnos.

Rusty Cradock se aproximó más y casi sintió un deleite ajeno a la soberbia estampa de mujer, cuando oyó susurrar precipitadamente a su recién conocida:

—¡Cielos! ¡Mi marido!

—Diantres —y Cradock acercó más su rostro al de Sofía.

—Acaba de entrar... Nos ha visto...

De tan cerca, aquella mujer resultaba imponente, pensó Cradock. Y en su anatomía superior sí que no había artificios.

—Freddy es quisquilloso, y se enoja fácilmente conmigo.

—No me diga...

Rusty Cradock abandonó su contemplación.

No quería perderse el movimiento de aproximación del comandante de Intendencia.

Frederik Emerson aparentaba lo que era. Un hombre distinguido. Guapo, y con aspecto de diplomático.

No miró a Cradock.

Inclinándose, cogió la muñeca derecha de su esposa, depositando en ella un beso.

—¿Cómo estás, querida? Figúrate que... ¡Oh, perdón! Ignoraba que tuvieras compañía.

—Mi esposo Frederik Emerson. Mi amigo Rusty Cradock.

Fríamente, Emerson, sin tender la diestra, inclinó muy levemente la cabeza, escrutadores los ojos.

Y aumentó el deleite del exsoldado Cradock, que agitando los dedos, anunció amablemente:

—¿Qué tal, Emerson? Precisamente, su esposa me estaba revelando que los violines la exasperan cuando está sola.

—No estaba sola, a juzgar por lo que veo.

—Voy un instante al cuarto de aseo, Freddy. No tardaré nada en volver.

Se marchó ella y muchos pares de pupilas convergieron en la cimbreada elasticidad de su figura.

Frederik Emerson, sentándose, pidió al camarero:

—Un «Curvoisier». ¿Tomará algo, Cradock?

—No, gracias. Ya tomé lo que me apetecía.

El camarero se marchó. Su sonrisa profesional le pareció a Emerson que contenía minúsculas porciones de sarcasmo.

—¿Hace tiempo que conoce a Sofía?

—Parece como si fuesen años...

Y Cradock elevó los ojos al techo con embeleso. Los bajó rápidamente, por si acaso, y añadió:

—Me urge ya que Sofía quede libre. No por nada, pero es preferible, ¿se da cuenta, verdad?

Frederik Emerson asintió. Callaba, porque el camarero colocó

delante de él la copa calentada, donde vertió con mística lentitud el añejo coñac francés.

Al irse, comentó Emerson:

—Es halagador saber que Sofía inspira flechazos. Es cierto que podemos considerarnos como casi divorciados, pero sigue existiendo la sutil diferencia que entraña el «casi»... ¿no?

—Claro, claro. ¿Por qué mencionó el flechazo?

—Porque, hasta ahora, ignoraba que mi esposa pensara remplazarme con tanta prontitud. Debo también añadir, menos banalmente, que supuse que Sofía, más bien propensa a la vehemencia en sus sinceridades, me hubiera comunicado su nueva intención de... reincidir.

—¿Reincidir? —sonrió ambiguamente Cradock.

Enrojeciendo, aclaró Emerson:

—Ella juró que nunca más en su vida admitiría, no ya el amor, sino la simple amistad de un yanqui. Usted lo es.

Se puso en pie Emerson, ayudando a sentarse a su esposa.

—Le estaba diciendo a Cradock, que estoy profundamente intrigado, Sofía.

—Emerson acaba de manifestarme su asombro porque usted, al parecer, juró en vehemente arranque de sinceridad, que nunca más prestaría oídos complacientes a un torpe yanqui.

—Pero, querido, créeme que Rusty no tiene nada de torpe...

Los pómulos de Emerson adquirieron un matiz más cobrizo. Y ella, muy melosa la voz, añadió:

—Verás, Freddy... Resulta que Rusty estuvo en Nápoles y nuestra relación empezó al evocar recuerdos agradables. Además, no puede importarte, puesto que de un día a otro, estaremos ya separados para siempre

—En efecto, querida. Pero, en mi círculo social podría comentarse desfavorablemente lo que, explicado por ti, estimo muy lógico. Tú y yo, de mutuo acuerdo decidimos separarnos. Vives desde hace un mes, en tu casa y yo en mi piso... Pero Cradock sabrá comprenderme.

—Cómo no... —sonrió Cradock.

«Está que escarba», meditó refocilado. «Eso de ser distinguido le impide partirme la boca. Es una pena también».

—Hay convencionalismos que la sociedad nos impone y que yo

respeto. No dudo que Cradock tendrá la caballerosidad...

—Alto. Yo fui de infantería —y Cradock rio como si hubiera dicho algo gracioso.

Emerson le miró con renovado rencor. Procuró hablar suavemente:

—Espero que Cradock sabrá vencer su impaciencia por sucederme en tu corazón, Sofía.

Cradock asestó una mirada incendiaria al corazón de la italiana. Ella pestañeó con tenue sonrisa.

Emerson rectificó innecesariamente el nudo de su corbata y añadió:

—Me resulta de veras incómoda la postura en que me hallo. No puedo sentirme humillado, pero sí algo ofendido, Sofía. Debiste comunicarme tu repentino cambio de parecer. Yo creía que de Reno, partirías a Nápoles.

Sofía Amalfi suspiró, candorosa. Su busto se dilató hasta lo inverosímil. Y musitó ingenuamente:

—Cuando me anunciaste nuestra separación definitiva, te pareció impropio e injustificado que yo encontrase de muy mal gusto tu dedicación a otra mujer. Dijiste que no había mal ninguno en ello...

—Y lo reitero.

—Entonces, como dicen en mi tierra, o todos moros o todos cristianos —afirmó ella solemnemente.

Rusty Cradock rio alborozado, dando una palmada en su muslo. Frederik Emerson se envaró.

—Ha de excusarnos por esta escenita, Cradock.

—La encuentro muy normal, Emerson.

—¿Sí? Lamento manifestarlo que sostenemos un concepto muy distinto de lo que es normal. ¿A dónde vas, Sofía?

—Prefiero irme a casa. Telefonéeme tan pronto pueda, Rusty. Tu intervención ha sido ridícula, Freddy.

Se alejó ella con majestuosa arrogancia.

Frederik Emerson volvió a sentarse, algo sonrojado. Bebió

Rusty Cradock, pese a su rencorcillo, sintió algo parecido a lástima.

—Lo siento, Emerson. Ella me afirmó que usted ya no contaba y que la había dejado enteramente libre. Ella es joven y es natural

que desee una compañía masculina. No hablo en términos regimentales, claro.

—No le he visto por mi club, Cradock.

—Seguro que no. Mis negocios son muy distintos a los suyos.

—¿Acaso son de índole que no nos permitió conocernos hasta ahora?

—Eso es.

—Creo que, en efecto, Sofía tiene razón. Me he comportado un poco neciamente. De todos modos, no le ocultaré que me sentó muy mal la llamada anónima que me informó.

—Ah... ¿Le informaron? No lo entiendo... ¿Qué delito hay en que Sofía se entrevistó en un sitio público con un hombre soltero?

—Ya sé que es corriente en determinadas clases sociales, pero en mi círculo, debemos velar sobremedida por el peor enemigo social: el cuchicheo, las cábalas, en una palabra: el ridículo. Yo le quedaría sumamente agradecido, Cradock, si atendiera usted a una petición. Entre caballeros...

—Un momento. ¿A quién alude? Porque estamos los dos a solas.

Frederik Emerson dejó su vaso y se puso en pie:

—Me temo que no opinamos igual sobre elementales conceptos, Cradock. Buenas tardes.

Rusty Cradock no replicó. Sonreía.

Con la suficiente sorna, para que Frederik Emerson sintiese impulsos de borrar aquella sonrisa. Pero supo contenerse.

En su círculo se levantaría una tempestad de carcajadas, si se comentaba que Freddy Everett Emerson se comportaba como un vulgar marinero celoso, enzarzándose a puñetazos con un insolente rival.

Llamó al «maître», entregándole un billete:

—La mesa ocho. Lo que importa la cuenta de mi amigo, también lo cobra de aquí. Guarde el cambio.

—Gracias, señor. Servidor de usted, señor.

Frederik Emerson abandonó el «Gipsy», dirigiéndose en su coche a la casa de su propiedad, habitada por la mujer que también consideraba de su propiedad.

Conrado Arbiroyan vino a sentarse ante Cradock.

—Ha sonado el primer mortero, Rusty. Dada la seriedad del local, me abstuve de bailar una «pantalonada».

—¿Fuiste tú el anónimo?

—Y cerré el comunicado con una excelente imitación del buey.

—Eres un excelente colaborador, Dino. Cuando termine este sucio asunto y el de Hamilton, podremos montar una agencia de detectives.

—¿Por qué es sucio este asunto?

—La fuerza de las circunstancias me ha obligado a desempeñar un papelito poco airoso. Hice todo lo que pude por calentar a «Fru-fru» y esperaba que de un momento a otro me diera mi merecido. Claro que ya habría yo procurado recibir lo que me merezco.

—Escrúpulos absurdos, Rusty. ¿No están separados? Ya no son marido y mujer. Se casaron ante un juez de paz. Firma sin incienso ni palabras sagradas. Firma tan sencilla como la que echarán en Reno, como cuando se compra un coche, una nevera o la televisión. Esto es lo bueno y lo malo de Yanquilandia. Allá, en la vetusta Nápoles, Emerson hubiera empleado el justo derecho de esgrimir un garrote contra Sofía. ¿Aquí? —y el italio-armenio canturreó—: «Vámonos a Reno, chiquita mía»...

—A veces me pregunto si sientes simpatía por los yanquis, Dino.

—Por ellos, ninguna. Por ti, toneladas... Verás... Os considero una raza sana y fuerte, decidida y dinámica. Pero habéis querido cambiar cosas que nunca cambiarán. Los celos, por ejemplo. Se sustentan en el amor propio y no hay penicilina que valga contra esta enfermedad, que hasta un yanqui la puede experimentar si es muy hombre. Y me parece que el comandante Emerson lo es. Ha pagado la cuenta, como si tú fueses su amigo de la infancia.

—Porque rebosa de señorío y aristocracia. Bien, me voy. A seguir en mi trabajo.

—Te quejas y deberías estar brincando.

—¿Por qué?

—Todo se te da a pedir de boca. Cuando Susan se entere de tu debut con pleno éxito...

—Me dará la medalla de latón que en la feria de Chicago dan al ejemplar porcino más desarrollado. Pero son unos dólares que me hacen falta para después dedicarme de lleno a mi asunto con Slim... Bien, ya te asomará como siempre, Dino, dónde y cuando menos te espere. Hasta luego, talentazo.

CAPÍTULO VI

La verja del «Forrest Manor» estaba abierta y el «Minerva» conducido por Cradock hizo crujir la grava bajo sus neumáticos, mientras describía el semiarco.

El atildado y atlético Noah Benson descendió los peldaños de la escalinata.

—Buenas tardes, señor Cradock. La señorita Forrest espera en su salón particular.

—Tenga la bondad de indicarme por dónde se llega —dijo Cradock adustamente, al bajar del coche—. Precédame, que le sigo.

El negro volvió a subir las escaleras y bajo el pórtico señaló a su derecha, en la galería-terrazza.

—Le será más cómodo entrar por la segunda puerta, señor Cradock. Es el salón particular.

La segunda puerta era de dos batientes, donde los marcos de hierro encuadraban cristales muy semejantes a vidrieras catedralicias.

Entornada, daba acceso a un salón que atesoraba obras de arte, siendo la principal su dueña, pensó Cradock.

—Buenas tardes, Cradock. Bien elegido el coche. Puede servirse a su gusto. Le recomiendo el licor de naranja. Es receta antigua de la familia Forrest.

—Le daré primero las novedades, como corresponde.

—Puede fumar y sentarse. No se empeñe en hacerse antipático. Lo es, sin necesidad de esforzarse.

—Algo tenemos en común. Me complace participarle que Freddy metió ya las piernas en el saco. La cosa ha salido asquerosamente bien. Sofía se sentía sola y aburrida. Los violines gemían de un modo exasperante. Conradino nos dejó a solas, y fue a telefonar anónimamente a Freddy.

—Su amigo es muy inteligente. Un buen auxiliar.

—Está sin blanca, como yo. Y tiene, como yo, ansias por ganarse sus billetes, señorita Forrest. Vino Freddy y estaba tirante como el parche de un tambor. Perdió un poco el control y consiguió lo que más odia: que Sofía le llamase ridículo. Se fue Sofía y Freddy me

supuso capaz de respetar las conveniencias sociales, hasta Reno. Dijo que lo esperaba así, puesto que él y yo éramos dos caballeros. Sonreí.

—Y Freddy sintió grandes impulsos primitivos y poco civilizados.

—Lo ha adivinado. Pero se comportó dignamente. Se marchó pagando la cuenta.

—Indudablemente, usted es eficaz. ¿Qué opina de Sofía?

—Deliciosa. Humana. Femenina. Sencilla.

—A cada calificativo, hizo usted una pausa elocuente, mirándome como para resaltar el contraste. Pero permítame asegurarle que la más sencilla de nosotras es un complicado laberinto para un hombre virilmente crédulo.

—Gracias. Es consolador saber que sigue usted considerando viril a un tipo como yo, que se alquila de gigoló.

—Sabe que no es así, Cradock. Pero dejemos este tema, para mejor ocasión. Le felicito por su eficiencia, pero me permito recordarle su pendiente tropiezo. ¿No recuerda ya que esta madrugada dejó atrás una comisaría de Oakland?

—Usted primero y después atenderé a lo mío personal.

—Hubiera sido preferible que lo tuviera en cuenta anoche. También yo me aburro, sin necesidad de exasperarme con violines. Y considero que es un deporte emocionante el que me ha proporcionado usted.

—¿Sí? ¿En qué, de dónde y cómo?

Susan Forrest sonrió.

«A ratos, esta criatura está deliciosa», meditó Cradock contrariado.

Dijo:

—Su sonrisa es ambigua y cortante como el filo de una «Gillette». ¿Qué deporte emocionante le he descubierto?

—Cierta vez fui invitada a cazar el zorro en una mansión británica. No me divertía, pero resultó muy emocionante, porque inesperadamente, creyendo seguir la huella de la jauría, me extravié y mi caballo se encabritó ante un jabalí.

—Esta clase de caza no la practiqué y por eso tendrá que perdonarme si me falla la agudeza mental requerida por el contrato. No capto lo que usted quiere indicarme.

—Le contraté para cazar un zorro y usted levantó un jabalí. ¿No le extrañó la actitud de la policía con usted?

—El sargento Morrison demostró inteligencia y en cuanto al inspector Douglas, no le vi. En realidad, y puesto que de ello habla, supuse que me someterían a un interrogatorio cerrado, pero me tuvieron dos horas esperando, y sin más, me soltaron.

—Yo le proporcioné la mejor de las coartadas.

—No me diga...

—Digo. ¿No le demostré estar al corriente de su excursión a Oakland?

—Es verdad. Usted envió a un espía. ¿Y qué?

Susan Forrest se levantó y en una mesita pulsó uno de los botones de lo que parecía un estuche de nácar.

Explicó:

—Va a oír ahora la explicación de la extraña conducta del invisible inspector Douglas.

El hombre que entró, pelirrojo, de rostro triangular y mefistofélico, hubiera servido para ilustrar gráficamente un cuento donde apareciera un diablo risueño vestido a la moderna.

Su rostro ostentaba una expresión de satisfacción malicia, mientras presentaba ella:

—Curt Seldom. Un detective privado sin igual en el arte de seguir y no llamar la atención. Además, posee iniciativa.

—¿Cómo está usted? —saludó el recién llegado.

—Voy tirando. Entonces, este es el hombre que me pisaba los talones ayer noche.

—Por suerte para usted, Cradock. Explíquelo a su modo, Seldom, a menos que el señor Cradock quiera interrogar.

—El señor Cradock no quiere interrogar, porque tiene la sensación de ser un títere. Y usted es la que maneja los hilos, señorita Forrest. Bien, amigo, usted dirá.

—La señorita Forrest contrató mis servicios por mediación del secretario Benson. Se trataba de seguir paso a paso cuantos diera el hombre que Benson me señalaría. Benson le señaló a usted ayer noche;

—Le felicito, amigo, porque con esta pelambreira tiene doble mérito pisarme los tacones. No me diga que usa peluca.

—De noche, un buen sombrero y saber aprovechar los

accidentes del terreno, según se presentan, basta.

—¿Qué accidente aprovechó en aquel cuarto piso?

—Permanecer primero en la escalera, pero asomé y le vi dispuesto a no cejar en sus llamadas. Deduje, con mi sagacidad profesional, que usted entraría. Debía pues cerciorarme de si había posibilidad de demostrar mi iniciativa. Bajé del ascensor al tercero y encontré la salida para casos de incendio. Es de una sencillez aplastante subir por una escalerilla, cuando se va provisto de licencia y puede justificarse el empleo de una entrada habitualmente reservada al servicio de escapatoria. No todas las casas ofrecen esta ventaja. Aquella, sí.

—¿Usted subió por la escalerilla... mientras yo llamaba?

—Esto voy a demostrarle. No soy corpulento, pero sí, bastante escurridizo y engañoso.

—No lo pongo en duda. Es usted, además, interesantísimo, Seldom.

—Gracias. No es favor que me hace. Verá lo que pasó... Al llegar al balcón, pensé que realmente la suerte era excesiva conmigo. Estaba abierto. Entré. Un cuarto a oscuras, otro medio a oscuras y oí un rápido aproximamiento de pasos. Me disimulé como pude y me sorprendió lo que siguió. Un ruido como de silla derribada...

—Yo la tiré contra un cortinaje.

—Y el individuo cuyos pasos me habían alertado, estaba agazapado, como si quisiera jugar al escondite conmigo, pero dándome la espalda. Esto me permitió deducir que también quería espiar. Empujó muy suavemente la puerta y efectuó un solo disparo.

—Contra mí.

—Apenas disparó, se dispuso a realizar una retirada estratégica. Cerró la puerta, desde fuera, penetrando en la sala para mí invisible, hacia la que había disparado. Normalmente, hubiese acudido a fisgonear, pero se oyó el silbato de la policía en la calle. Mi reflejo fue instantáneo. Bajé la escalerilla a una velocidad muy superior a la que debió estimular las piernas del que, con su disparo, había suscitado el eco del silbato callejero. El dilema era de los que deben resolverse en el acto: yo cobraba para seguirle a usted, pero la policía oficial estaría ya cerrándole el paso a usted. ¿Cobraba yo para seguir al que hizo el disparo? No, pero le seguí. Es un vicio.

—Virtuoso. ¿Quién era el maldito canalla que quiso comprometerme torpemente?

Curt Seldom miró interrogante a Susan Forrest, que intervino:

—Cuando comprobó Seldom dónde se alojaba el que había disparado, vino a verme. No era imprudencia, porque sabía ya cómo se llamaba. La imprudencia hubiera sido telefonearme. Quería saber Seldom hasta qué punto me interesaba proteger a un hombre mezclado con disparos en un piso ajeno.

—Su conciencia es muy profesional, Seldom. Otro individuo de la especie corriente, habría ido a la policía.

—Yo, a mi modo, soy también de una especie muy corriente. Trabajo para quien me paga, primero, y después atiendo mis propios impulsos. La señorita Forrest me encargó hiciese averiguaciones, llevándome en su coche hasta la casa del barrio de la refinería. Fue fácil. Era el inspector Douglas —el que llevaba la investigación, encargándose de las primeras indagaciones el sargento Morrison—. La señorita Forrest fue a visitar al inspector Douglas,

—Que estuvo muy amable conmigo —expuso Susan Forrest—. Le expliqué que debido a un contrato privado existente entre usted y yo, le había hecho seguir por el detective Seldom, el cual acababa de volver a montar la guardia ante un «Medio Pavo» del barrio de Mercado. La expresión «Medio Pavo»^{1}, me la tradujo Seldom.

—Sigo deseando conocer a mi agresor.

—Lo despertó el inspector Douglas acompañado por Seldom. Usted es más expresivo, Seldom.

—El conserje del hotel facilitó la llave de la habitación contigua y por el cuarto de baño pasamos a la que ocupaba el pistolero. Douglas demostró ser rápido, porque el brusco despertar de Buddy Jackson resultaba poco acogedor. Reducido a la inmovilidad, pasó Buddy Jackson a comisaría. Me admitieron como testigo esencial. Buddy Jackson denegaba con un vigor que hacía juego con su bestial fortaleza. Pero Douglas conoce su oficio. Le sacó la verdad.

—No conozco a ningún Buddy Jackson.

—Ni él le conoce a usted tampoco. Su explicación fue sencilla, tras dos horas de insistencia machacona. Le habían pagado para hacer entrar en razón a Coleen Ward. Esta amiga de Cora Wilder, opinaba que un tal Andrew Slim Hamilton era un granuja.

—Y Hamilton envió a un matón para aterrorizar a Coleen.

—Así fue, pero el matón no sabía que en uno de sus argumentos persuasivos, al empujar a Coleen, la nuca de esta encontraría una repisa. El choque, fatal para la nuca de Coleen, ocurrió a las nueve aproximadamente. Buddy Jackson se sintió perdido. Admitió que tuvo que refrescarse la cabeza, beber un largo trago y ponerse a reflexionar. Telefonó desde el mismo piso a varios lugares, con la esperanza de encontrar a Hamilton, pero era su noche mala. Tenía que huir, y se dedicó a buscar dinero y cuanto hubiera de valor por el piso. En esta tarea le sorprendió un ruido. Alguien llamaba a la puerta.

—Yo.

—Pensó no abrir, pero después concibió un plan que supuso ser la plasmación del crimen perfecto. Abrió, echó a correr y disparó cuando usted estaba en el estudio mirando el cadáver. Tiró a matar, aunque pretende que solamente tiró a quitarle el sentido. Salió y le vio inerte. Colocó entonces su «Colt», limpiando la culata, en la mano de Coleen, y salió volando, convencido de que era un Napoleón del crimen. Había ido a convencer a Coleen que si no obligaba a su amiga Cora a opinar que Hamilton era un dechado de perfecciones, las pasaría mal. La repisa convirtió en crimen lo que era simple matonismo.

—¿Y Hamilton? —inquirió Cradock ansiosamente.

—Con su huida se ha comprometido, y aunque la policía opina que Jackson se verá apurado para demostrar que no recibió la orden de matar. Es lógico: si Hamilton solo le ordenó asustar a Coleen Ward, ¿por qué se esconde? Esta es la pregunta que se hacen el sargento Morrison y el inspector Douglas.

—¿Y usted? —quiso saber Cradock.

—¿Contesto esta pregunta, señorita Forrest?

—Lo haré yo por usted, Seldom. Gracias y prosiga en lo que tiene entre manos. Gracias, Seldom.

—También se las doy yo, amigo.

—No me las debe. Es a la señorita Forrest. Buenas tardes.

Ya se había ido el pelirrojo detective, cuando Rusty Cradock, dejando la copita en que se había servido el famoso licor de naranjina, opinó:

—Excelente licor, Susan. ¿Cuál es el próximo movimiento que

usted le imprimirá a los hilos de esta marioneta, su seguro servidor?

—Debe comprender que si le contraté es porque tengo gran interés en lo que por ahora escapa a agudeza mental. Me pareció que usted reunía las adecuadas condiciones, pero era un contratiempo su desafortunada visita al piso de Coleen Ward.

—Yo iba a visitar a Cora Wilder, no a la que murió.

—El inspector Douglas está indagando si en el pasado hay alguna concomitancia entre usted y Hamilton. Opina que lo que provocó la huida de Hamilton fue el mencionar su nombre. Cora Wilder es sincera, según inspector Douglas, al reiterar que nunca oyó nombrarle a Hamilton ningún amigo llamado Rusty Cradock. Ni tampoco a Coleen Ward.

—¿Seldom qué opina?

—Que si Coleen Ward y Cora Wilder no le conocían a usted, el verdadero motivo de su visita era para indagar dónde estaba Hamilton. Si Hamilton fuese amigo, sigue diciendo Seldom, no llevaría usted once meses en San Francisco sin haberle visto.

—Muy listo el amigo Seldom.

—Si tanto le interesa Hamilton...

—Me interesa primero su interés, señorita Forres. Gracias por haberme sacado de apuros. ¿Tuvo que dar fianza o bastó su solvencia moral?

—Se amarga con masoquismo, Cradock. Yo puedo parecerle la antítesis de la deliciosa, humana, femenil y sencilla Sofía, pero si usted fuese imparcial, no desorbitaría nuestra relación. Me sobra dinero y le contrato. ¿Es humillante esto?

—A ratos, cuando me habla así, no lo es. Bien, perdone mis supuestas ironías, Susan.

—Me agradecería me diese usted una prueba de que no me considera una mujer sin alma, del mismo modo que yo no le considero a usted un asalariado rencoroso.

—¡Ahí va! Usted, para sus fines, necesita ridiculizar a Emerson. Yo, para poder respirar a gusto, necesito matar a Hamilton. Y ahora, ¿puedo tomar un sorbo de «scotch» con soda? Me hace falta, porque hay repentinas sinceridades que le dejan a uno con la garganta como el papel de lija.

Al otro lado del mueble-bar, Susan Forres escanció un whisky. Bebió a la vez que Cradock.

Y cuando ambos depositaron sus copas vacías, dijo ella:

—Créame que lo siento; yo no quería inmiscuirme... en... Tengo su promesa leal de que atenderá mis intereses. Si esta tarde, después de haber sido usted visto en compañía de Sofía, le vieran conmigo, Frederik Emerson podría sospechar algo extraño. Considero pues preferible que vuelva a entrevistarse con Sofía. Si es preciso, vaya con ella a Reno. Termine primero con ella.

—¿Cómo?

—Me extrañaría mucho que Sofía no se decidiera a emplearle a usted como violín.

—Ya. Soy la pelota que va de raqueta en raqueta. El resultado final de la partida lo ignoro. Pero creo adivinar que Sofía está halagada al comprobar que, por amor propio, Freddy se siente primitivo. Y usted... es un enigma. Bien, iré a Reno si es preciso, puesto que hasta tengo coche.

—Puede estar seguro de que su revelación con respecto a Hamilton, ha quedado entre nosotros. Y ahora, no se ofenda si para los gastos, le entrega Benson unos dólares.

—Como me considero en acto de servicio, pregunto, ¿hasta dónde puedo llegar con Sofía?

Una tenue sonrisa se bosquejó en los firmes labios femeninos:

—Hasta donde ella le consienta. No sea niño, Crack. Lo que se trata es simplemente que Frederik Emerson le considere a usted un odioso perturbador de su prestigio social.

—Existen fuertes indicios de que ya me considera odioso sujeto a secas. Buenas tardes, Susan.

Bajo el pórtico aguardaba Noah Benson. Dijo:

—La señorita Forrest me ha encargado que le entregue este sobre. Le felicito, señor Cradock.

Cradock cogió el sobre, lo estrujó al ponérselo en el bolsillo y estuvo unos instantes contemplando al atlético negro.

—¿Me felicita? ¿A santo de qué la enhorabuena?

—La señorita Forrest estaba en lo cierto al afirmar que era usted el hombre que ella necesitaba. Buenas tardes.

Al volante, y dejando atrás la escalinata donde el coloso sin pesadez, parecía esperar a perder de vista el coche, Rusty Cradock se reprochó un exceso imaginativo.

Los amables ojos de Noah Benson, ya no lo eran y su suposición

deductiva era grosera. Una dama como Susan Forrest... solamente podía considerar como un mueble más al guapo negro.

Aparcó el coche ante su hotel.

Era un títere. Ni siquiera sabía dónde vivía Sofía Amalfi. Tendría que esperar a Dino. Aunque, en el listín...

Se detuvo. Dos individuos se acercaban a él. Uno de ellos mostró un carnet.

—¿Es usted Rusty Cradock?

—Yo mismo.

—Comisaría federal. Venga con nosotros.

Rusty Cradock subió al coche señalado por uno de sus dos acompañantes. Se sentó junto a un tercero que ya esperaba. De los dos primeros, uno se colocó al volante. El otro, a su lado.

Era natural que aquellos muchachos fuesen taciturnos. Después se desquitarían en el turno de preguntón.

«¿Qué relación tiene usted con Hamilton?... «¿Para qué le buscaba?»... «¿Por qué él le rehúye?»...»

Al prolongarse el recorrido, dijo:

—Por ahí no se va a Oakland. Esta es la carretera del sur...

Se calló.

En cada costado sentía una presión molesta y elocuente.

CAPÍTULO VII

Los tres miraban al frente. El conductor, por razones de elemental prudencia. Los otros dos, porque les bastaba saber que entre sus dos pistolas emparedaban al que objetó:

—No es preciso que despleguéis artillería. Soy un ciudadano podrido de convencionalismos. Tanto es así, que os seguí dócilmente, como un borrego, apenas me enseñasteis un carnet. Desde niños, nos acostumbran a considerar suficiente la invitación hecha con mala cara y exhibiendo una placa o carnet...

—Si se calla, se ahorrará saliva para luego, que le hará mucha falta, Cradock —dijo el de la izquierda.

—Y si usted me aparta el punto de mira de las costillas, estaré más cómodo. Es absurdo. No dispararán, puesto que me llevan a no sé dónde para charlar con no sé quién.

—No dispararemos, salvo que usted mismo elija morir. Sería también una buena solución, aunque él prefiere llegar a un acuerdo.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Pronto lo sabrá, Cradock. No sea impaciente.

Eran tres tipos decididos. No cabía duda. Y le tenían bien cogido. Podía intentar la agarrada al cuello del conductor. Pero no le convenía a aquella velocidad.

El «Studebaker» se internó por la tercera carretera, la del sudeste.

Conducía al hermoso valle de Los Encinares, pero no le parecían hermosos los parajes solitarios que a trechos atravesaba la carretera.

Debía haber transmisión de pensamiento entre seres dispuestos a desafiar los riesgos, porque el mismo que antes había hablado, advirtió:

—No cometa una imprudencia, Cradock. No tenemos orden de liquidarle, y nos gustaría evitarnos esta responsabilidad. Si cree que le damos el paseo, aquiete el temperamento. Allí, en aquella granja, cuando el coche entre en el garaje, pórtese sensatamente. Resultará beneficioso para todos. No somos pistoleros, aunque circunstancialmente lo parezcamos, pero si es preciso, y no se aviene a razones, lo seremos.

—Vaya... Su amabilidad es tranquilizadora, amigo.

—Usted ha perjudicado un negocio importante, en el que tenemos importantes participaciones.

El coche penetraba ya por el sendero que terminaba en una explanada ante los dos caserones y el cobertizo, bajo el cual se inmovilizó poco después el «Studebaker».

—Baje con prudencia, Cradock —invitó el de la izquierda, tras apearse.

Le abultaba mucho la diestra en el bolsillo.

Rusty Cradock bajó. Empezaba a adivinar.

El que había conducido, abrió una puerta, que daba acceso al cuerpo principal. El tercero se colocó tras Cradock. Avisó:

—No nos obligue a golpearle, Cradock. Quédese quieto cuando... le hable él.

—Palabra que me quedaré quieto, muy quieto.

El corto pasillo desembocaba en rústica sala-comedor.

No comía, pero sí bebía y con avidez, el único habitante de la granja de Los Encinares.

Andrew Hamilton, alias Slim.

Rusty Cradock prefirió examinar la distribución inteligente de sus tres acompañantes. Uno a dos pasos, a su izquierda; el otro, a igual distancia, a su derecha; y el tercero, casi sobre sus tacones.

Andrew Hamilton ya no justificaba su apodo. No tenía nada de flaco. La prosperidad había redondeado su anatomía.

Estrelló el vaso contra la pared al ponerse en pie, volviendo la espalda. Y en esta postura, habló:

—Fuimos socios y dejamos de serlo, Rusty. Estos tres son ahora mis socios. Llevamos la pescadería y los transportes. Si me hundo, la policía meterá las narices en el negocio y no nos interesa. Los libros solamente los arreglamos en el momento debido.

—Impuestos —aclaró una voz, a espaldas de Cradock.

—Burlar el fisco es una menudencia muy generalizada, y mientras no haya escándalos todo va bien —indicó otro—. Pero con su intempestiva aparición, usted nos complicó el negocio, Cradock.

—Dejen hablar a mi antiguo socio, amigos. Si querías entablar tratos comerciales conmigo, Slim, pudiste invitarme a venir antes. Hace muchos meses que regresé de Europa.

—Hice las cosas de modo que, a tu regreso no te perdieras,

Rusty. Llámalo cinismo, aunque yo lo califico de error. Me dijeron que habías muerto en Montecassino...

Se calló Hamilton.

Cradock se limpió las sudorosas manos en los codos. Atrás le advirtieron:

—Muévase lo menos posible. Estamos todos nerviosos, ¿comprende?

—No hay motivo, digo yo. Se trata de un negocio, ¿no? El que resbaló fue Slim, y es a él, a quien anda buscando la policía, después de su incomprensible fuga...

—¡Tú sabes muy bien por qué hui! Me dijeron que estabas esperándome.

—Pero, muchacho, te lo decía un policía... Ah, caramba... ¿Pensaste que era un policía de pega, como tus socios actuales? Ellos te han explicado el lío en que te hallas. Pero te era fácil solucionarlo. No tenías más que ir a la policía.

—Contigo, sí, Rusty. La policía ha de saber por qué hui.

—Si mandaste a Jackson a matar...

—¡Sabes que no es así! Yo ignoraba que el salvaje de Jackson... ¡Vendrás con nosotros cuatro a la policía, Rusty! Tendrás que decirles que me buscabas para... matarme.

—Parece mentira, hombre... ¿Estás en tus cabales, Slim? ¿Yo, matarte?

—Borré todas mis huellas de la ciudad, trasladándome a Oakland. Me informaban de tus búsquedas. Yo sabía que con tu carácter no me perdonarías mi equivocación.

—Tuviste tiempo sobrado para repararla, cuando te escribí carta tras carta, sin recibir respuesta. ¿Tus socios conocen nuestra amistosa alianza?

Intervino el de atrás:

—Hamilton le creyó muerto. Después... reconoce que le fue imposible evitar la tentación. Es deplorable, pero usted ha de olvidarse de sus amenazas. Por desgracia, Hamilton rompió y quemó sus cartas.

—Y no tiene pruebas. Me necesita. Desea que vaya a la policía y les diga: «Hamilton huyó porque yo había jurado matarle. El pobre está ahora muy atribulado. No sabía que el salvaje de Buddy mataría a Coleen». Y si aparece a declararlo, sin estar yo presente,

pensarán que es un cuento. Que él ordenó a Buddy que matase a la que era un obstáculo, ya que él está enamorado de Cora

—Abreviemos, Cradock. ¿Cuál es su parte...?

—Ahora, no pintan ustedes nada. Matarme no es la solución, sino que empeorará el problema. Este cerdo me necesita, pero la policía me preguntará por qué quería yo matar a este cerdo. Nos despedirán con palmaditas en la espalda, como a chicos traviesos. Y volveré a perder de vista a este cerdo. ¿Qué me importan a mí vuestros pescados malolientes, vuestros camiones y vuestros libros falseados? Ahí está el cerdo que hizo lo peor que puede hacer un hombre: abusar de la lealtad de un amigo. Y mes tras mes, solamente pensaba yo en una satisfacción... Me la están dando, Slim. Dependes de mí. ¿Cómo voy a decirles a los policías que yo quería sangrarte? ¿Qué pruebas hay de nuestra asociación? Ninguna. Entre tú y yo no cabían documentos escritos. Éramos amigos de la infancia, casi hermanos. ¿Recibos entre nosotros?

—¡Abrevie, Cradock! No se da cuenta... Si detienen a Hamilton, someterán a revisión unos libros que hasta ahora pudimos llevar en buena forma, eludiendo el fisco en un porcentaje elevado. Estamos dispuestos a indemnizarle. Le pagaremos una cantidad razonable.

—Perder la fe en la amistad, volverse un amargado, no vivir ya más que convertido en un inútil, obsesionado únicamente en matar a un canalla, ¿cómo se puede indemnizar? ¿Qué precio tiene? ¿Cuánto vale?

—Deje a un lado los sentimientos, Cradock. Estamos dispuestos a pagarle una cantidad razonable. Diga una cifra y no habrá engaño. Firmaremos pagarés, y usted, al trocarlos por dinero efectivo, entrará en posesión del documento en que reconoce complicidad al callarse el fraude al Estado.

—Burlar la ley de impuestos al fisco, tengo leído que cuesta un montón de años y una multa equivalente al total del capital invertido. ¿Es así, Slim?

—No investigarán hasta no dar con Hamilton. Piénselo bien, Cradock. Nosotros tres salimos de la nada y tenemos ahora una situación adquirida laboriosamente. No nos importan sus rencillas personales. Si persiste en esta actitud, Cradock...

—Hay una solución sencilla. Muerto Hamilton... ¿verdad, Slim?... muerto tú no investigarán en los negocios. ¿Lo han

pensado, socios? Hamilton muere, desaparece... Quemadlo con cal o con ácido sulfúrico, y mientras lo buscan, tenéis tiempo de arreglar los libros, ¿verdad, Slim? Vuélvete, da la cara y verás como tus tres socios están meditando a todo tren...

Andrew Hamilton siguió de espaldas. Meditó Cradock, entre otras cosas, que ahora comprendía lo que querían decir los novelistas al escribir: «un silencio opresivo impregnaba el ambiente»...

Siguió hablando en tono persuasivo:

—Si tus socios nos liquidan a los dos, Slim, les sigue funcionando la sociedad. El dinero justifica todos los crímenes... Te tiembla el cogote, Slim... Echaste grasas, y ahora las vas a sudar... Fuimos socios, Slim. Y creo que vamos a terminar también socios en este último negocio. A tiros, no. Pueden oírse. Unos buenos culatazos...

Rusty Cradock se tiró al suelo de un modo muy particular.

Rebotando sobre las palmas de las manos y proyectando los pies hacia atrás.

La doble cox le dio resultado con uno, porque oyó el crujido de huesos faciales, pero a la vez se abalanzaron sobre él, los otros dos.

Intentó girar a un costado, pero estaban prevenidos. Logró conectar un rodillazo, recibiendo a cambio un puntapié en el pecho.

Su cabeza chocó contra el suelo. Se revolvió con fiereza, empleando pies, rodillas, puños y frente.

Le pasmó la súbita quietud, después de aquella cacofonía de imprecaciones, mobiliario derribado, insultos y resoplidos.

Permaneció sacudiendo la cabeza, para despejarse, sentado en el suelo, reclinado hacia atrás, con las manos apoyadas de plano como soporte.

—¡Slim, maldita sea! ¡Se ha escapado Slim! —gritó, despejado del todo.

Le costó ponerse en pie, pero cuando lo consiguió, apoyado en la mesa derribada, como un boxeador medio *groggy* que se mantiene en vertical gracias al poste de su esquina, ya no le pareció un payaso el que imitaba perfectamente los contoneos de una rumbera tropical.

Conrado Arbiroyan canturreaba:

«Alí Babá, mi negro está
loquito por mis andares...
¡Ay, mi negro, qué rico está...!»

Un chorro helado en la cabeza estremeció a Cradock.

Y oyó la voz del detective pelirrojo:

—Es agua sobre el cogote, Cradock. Hamilton y sus tres socios han quedado esposados. Un servicio gratuito de la agencia Seldom y de la amistad. Otro cubo de agua y verá como después todo lo ve clarísimo. Todo muy claro. El que baila la rumba es Conradino y el que le remoja la sesera soy yo, Curt Seldom... ¿Va empezando a comprender, Cradock?

—No, no comprendo. ¡Deja ya de menearte como una mulata, Dino del demonio! Estoy ya bastante mareado...

Chorreando, resopló Cradock, mientras Conradino se lamentaba:

—¿Se dio cuenta, lince pelirrojo? En vez de besarnos, gruñe.

—Ya va bien la ducha, Seldom. Suelte el cubo. ¿Otra vez le pagó Susan para servirme de angelito de la guarda?

—Me paga desde esta madrugada, para encontrar a Hamilton. Hice cábalas. Hamilton y Cradock, son las dos columnas. Espiemos a Cradock y puede que encontremos a Hamilton. Le veo a usted seguir a dos tipos, y meterse con ellos en un coche que lleva matrícula de Oakland, pero que no es de la policía. Me cueto en su «Minerva», al que también entra por asalto Conradino, que es rápido en sus explicaciones. Le esperaba a usted, y ha oído que no son policías los del «Studebaker» que seguimos hasta, que penetran en la carretera sudeste, la tercera... Telefonazo a la comisaría de Oakland. Contacto con el inspector Douglas. A su vez, Douglas contacta con comisaría de Encinares. Agentes motoristas no deben parar, sino controlar paso del «Studebaker», negro, modelo tal y matrícula cual. Sacándole el máximo al «Minerva», llegamos Conradino y yo a la granja, cuando cuatro rurales y dos motoristas, a pie, estaban tomando posiciones, interviniendo a tiempo. Debieron oír lo suficiente porque esposaron rápidamente a los cuatro socios, así los llamaron, y si mira usted por esta ventana, verá un rural y un motorista. Le esperan a usted, para declarar.

—Liquidación de la sociedad. No falla... Siempre hay imponderables, Dino.

—Siempre —cabeceó el napolitano, sentenciosamente.

CAPÍTULO VIII

El comisario rural fue menos sentencioso, cuando Rusty Cradock entró en su despacho.

—Siéntese y espere la llegada del sargento Morrison.

No tardó el sargento Morrison, que entró compulsando el folio tercero, recién escrito a máquina.

—Buenas tardes, Cradock. Carece usted de sentido práctico. Le ofrecían dinero para que no se disolviera la sociedad y usted prefirió incitarles al crimen, suicidándose. Tal es la declaración de los agentes de la Ley. Y en poco estuvo que obtuviera su propósito. Ayer pudo decirme que buscaba a su amigo Hamilton para cargárselo.

—Son cosas difíciles de decir, ¿no, sargento?

—Le veo todo mustio. No se desespere. Hamilton saldrá dentro de unos doce o seis años, según enfoque el tribunal su incitación a Jackson. Si no le consideran autor moral de homicidio involuntario, seis años no se los quita nadie, por reiterado fraude al Estado. Vamos al grano, Cradock. ¿Qué motivo le inducía a querer matar con tanto ahínco a su amigo Slim, que hasta ofrecía a cambio su propia piel?

—Fuimos al colegio juntos. ¿Enternecedor, verdad? Lo compartíamos todo. La merienda, los sellos, los cromos y las confidencias. Trabajábamos en seguros y nos dábamos unos lotes de andar por la comarca. A veces, llegábamos a sitios abandonados del tráfico civilizado. Así fue como por cincuenta dólares, le compré un pozo a un buscador de agua en el Mohave, en el sector donde no la hay.

Morrison había hecho una seña y un policía taquígrafo iba anotando.

—El prospector estaba desesperado ya que se había gastado todo su dinero en un pozo seco de unos treinta metros. Yo tuve un capricho y en vez de horadar hacia abajo, me dio por abrir una galería lateral. Los seguros me aburrían y quise hacer ejercicio. Salí nadando

Tuvo Cradock un rictus al evocar:

—Resultó que había tropezado con una veta fenomenal de líquido. Fui a comunicárselo a Slim. Lo vio, vaya si lo vio. Era la liberación, la fortuna. Bastaba buscar un préstamo para construir la tubería de acarreo a terrenos que necesitaban agua. Yo busqué el préstamo, sobre mi póliza de seguro. Yo encontré el agua, yo conseguí el dinero para la tubería, yo arrimé el hombro y Slim llevaba el papeleo en el caserón. Había demandas al por mayor. Sacaríamos miles y miles. Un chorro constante y grandes reservas. Pero nos iban a secar el pozo, con el alistamiento, si salíamos los dos hacia el frente. Por petición conjunta, nos sortearon. Me tocó a mí. Él quedaba libre del servicio, puesto que se presentó voluntariamente. Nuestra despedida fue conmovedora. «Cuando regreses, serás millonario, Rusty». Yo le escribía y al principio me contestaba. Decía que íbamos amontonando miles y miles. ¿Oyó hablar de Montecassino, sargento?

—Hubo mucho jaleo por allá.

—Yo estaba por allá. Dice Slim que me dio por muerto. Y vaya si me dio por hambre. No contestó a mis cartas. Cuando llegué y pregunté por el pozo, me enteré que Andrew Hamilton lo había vendido, incluida tubería y reparto, naturalmente. Casi en nada... Exactamente ochenta y seis mil dólares, más los beneficios acumulados, pongamos unos ciento cincuenta mil. Y había desaparecido. Yo no tenía nada escrito. Hasta el recibo de haberle pagado cincuenta dólares al buscador, lo tenía Hamilton. Esta es la historia.

—Carece usted de sentido práctico, Cradock. Y lo debía saber Hamilton, cuando se escondía. También le resultaría molesto separarse de un centenar de miles. Le citaremos cuando se vea la causa, Cradock. Es testigo esencial en los dos casos: homicidio y secuestro. Cuando vaya a declarar, será cacheado, como todos los testigos esenciales... y excombatientes de su temperamento. Celebro haberle conocido. Aún quedan hombres en California que carecen por completo de sentido práctico.

* * *

—Careces de sentido práctico, Sofía. He argumentado sensatamente. Nos vamos a Reno, y tendrás una pensión mensual

suficiente, hasta que contraigas nuevo matrimonio.

—No insistas más, porque es inútil, Freddy.

—Ten presente que si persistes en mostrarte en público con un sujeto a todas luces carente de sentido moral, puedo obtener un divorcio que será fallado en tu contra, perdiendo por lo tanto la pensión que estoy dispuesto a otorgarte.

—Hablamos un lenguaje muy distinto. Freddy. Tú siempre piensas que todo se resuelve con tu cuenta corriente. A mí me gusta el dinero como a cualquier ser humano, pero hay algo que para mí supera a esta tentación monetaria.

—¿Qué es, si puedo saberlo? —indagó Frederik Emerson.

—Devolverte la afrenta —declaró Sofía Amalfi teatralmente.

—Pero, ¿qué afrenta, mujer? Fui leal en mis explicaciones. Si dejé de amarte, parte de la culpa recae en ti. Eres excesivamente complicada. Nuestros caracteres son opuestos como el día y la noche. Fue preferible la solución que te ofrecí.

—Yo no quería divorciarme.

—Y por esto mismo, separé nuestras, habitaciones. Tú en esta casa, y yo en otra, era motivo suficiente para el divorcio, según la cláusula de abandono de hogar, en tu favor.

—¿Para poder casarte pronto con tu «Venus» chismosa?

—Lo hemos discutido hasta la saciedad, Sofía. Susan es muy venusina, pero no se merece su segundo apodo. Tiene la valentía de ser sincera y eso es lo que le ha valido mi inmerecido...

—¡No la defiendas! ¡Fuera! ¡Vete!

—Modérate y contén tus nervios, Sofía. No tenemos por qué enfadarnos. Reflexiona y dame cita, a otra hora. Medita en tu conveniencia. Si te comportas mal, perderás todo. Piensa en ello... Volveré a la hora que me digas, y nos pondremos de acuerdo.

Ella entornó los párpados.

Nuevamente había fracasado su sabia negligencia vestimentaria y sus incitantes posturas. El que había sido un pelele apasionado, ya no reaccionaba como un hombre anulado por el deseo, sino como un frío y cerebral yanqui.

Dijo ella pausadamente:

—Reflexionaré con sentido práctico. Vuelve a las siete, Freddy. Tendrás mi respuesta.

—Gracias. Eres una buena chica. Hasta las siete en punto.

Rusty Cradock explicaba:

—Lo más urgente era cambiarme de traje y aplicarme un poco de embrocación. La felicito por su nueva intervención, señorita Forrest. Cuando el conserje me telefoneó que usted esperaba en el vestíbulo, despaché a Dino y me apresuré a volar a su encuentro.

—Volemos ahora sobre cuatro ruedas. Me llevará a The Mission y puntualizaremos su programa... Nuestro programa de colaboración.

—De acuerdo.

Abandonó Cradock el vestíbulo, emparejándose con la que al pasar, provocaba un cabeceo masculino donde las ojeadas parecían objetivos fotográficos enloquecidos en veloces disparos de diversos contornos.

Al volante, sonrió Cradock:

—Es un fenómeno inexplicable que se haya usted podido conservar soltera e indemne.

—Le digo lo mismo recíprocamente, con respecto a estar indemne. Cuando se cree usted cáustico, suscita deseos de lesionarle.

—Pero nos diferencia el hecho de que usted es una pobre ricachona y yo un rico pobretón.

—Comprendo la sutileza. Ya sé que para usted el dinero no cuenta. Estuve hablando con el inspector Douglas. Se pasma que de pudiendo usted obtener una reparación en dinero efectivo, usted prefiriera llevar la cosa por la tremenda.

—Hay cosas que carecen de valor comercial. Por ejemplo, perder la fe en la amistad, nos hace considerar sin el menor valor las ofertas de culpable. Pero este asunto ya acabó... hasta cuando salga Slim de entre rejas. ¿Por qué ha habido cambio de programa? El plan inicial era seguir en el ataque contra Emerson, a través de Sofía. Por cierto, y no lo atribuyo a mi potente fascinación, Sofía parece muy dispuesta a encolerizar a Emerson... Todo se me da demasiado bien. ¿Dónde está la trampa?

—Usted y yo, por dos motivos distintos, somos dos desconfiados.

—No me diga... Su problema es que teme que un hombre se le

declare deslumbrado por sus millones. Tiene fácil solución. Vista harapos, colóquese en una esquina vendiendo cerillas, y habrá cola de guapos ricachones con la licencia matrimonial en la mano.

Rio ella sin alegría.

—Intenté algo parecido. No vendía cerillas, pero en Nueva York me empleé como dependienta en unos almacenes. Obtuve numerosas ofertas de pisito con todos los accesorios, menos el legítimo de la licencia matrimonial.

—Bien habría algún ofertante que no podría sufragar un piso si no lo compartía legalmente con usted,

—Resultaban vulgares. Hombres sin espiritualidad, que solamente veían en mí a la mujer hermosa...

Miró ella por el espejo retrovisor, pero Cradock conduciendo, no esbozó una mueca irónica, sino que seriamente, dijo:

—No hay inmodestia, Susan. Aparte de que usted es hermosa con avaricia, nació con otros dos defectos... Sí, es defecto todo aquello que resulta excesivo. Y nació guapa en exceso, con enorme riqueza en la cuna y una agudeza mental arrolladora. Un combinado que la conduce a encontrar difícil el disfrutar de la vida con sencillez.

—¿Conoce usted esta asignatura?

—Ahora que Hamilton está fuera de mi alcance, reanudaré prácticamente mi teoría de que en lo sencillo está lo acertado. Oiga, Susan, ¿no podríamos rescindir el contrato?

—¿Por qué?

—Yo necesitaba dinero para seguir en mi búsqueda de Hamilton que sabía esconder sus huellas. Ahora, podré buscarme un trabajo normal.

—Debo indicarle que si bien nuestro contrato es de índole privada, hay constancia de determinados préstamos a cuenta.

—Cierto. Como también es cierto que mis escrúpulos son desplazados. Hablemos pues del programa de festejos organizados en honor del excelso «Fru-fru».

—Me causa extrañeza su actitud, Cradock. ¿No es deshonesto lo que está usted haciendo? Y además, usted no aprecia a Emerson.

—Será por solidaridad masculina. Ver a otro, aunque sea Emerson, haciendo más que el ridículo, el indio bravo, no me agrada. Y sobre todo, no me agrada ir a ciegas.

—¿A ciegas?

—Yo ignoro las costumbres de la alta sociedad. Pero tengo sentido común.

—¿Sí? —sonrió ella, ácidamente.

—Nadie mejor que el loco para entender en casa ajena. Si Emerson tiene la intención de casarse con usted, será porque usted no le habrá desengañado, ¿verdad?

—Le he animado más bien.

—Entonces, ¿por qué diablos quiere usted ridiculizarlo? Si le quiere, ¿para qué...? Renuncio. No sirvo para solventar los problemas que rellenan las secciones de consultorios sentimentales. Y usted, aunque los disimule, tendrá sus sentimientos, ¿no?

—Quizá mucho más hondos de lo que se imagina. Lo que sucede es que no alardeo de ellos.

—Expansionarse es sano. Creo que es una medicina que usted no ha probado. Encuentre una amistad... Bien, no soy yo el más apropiado de los consejeros. ¿A qué ha obedecido su cambio de plan? Antes, cuando le informé del resultado de mi primera toma de contacto con Sofía, dijo usted que si Freddy me veía a continuación, en la envidiable compañía de Susan Forrest, podría recelar alguna confabulación tramposa.

—Era una idea equivocada, porque al aparecer Freddy, bastará que usted haga alusión al episodio de Nápoles. Es su modo de vengarse, le dirá o hará comprender. Y como posee usted las físicas condiciones aptas para suscitar enamoramiento en una napolitana ardorosa, y en una frígida millonaria aburrida, todo quedará claro para Freddy.

—Pobre Freddy... Casi me da pena, pero no se apure. Cumpliré mi parte en el contrato. Aunque esta vez no tenemos a Dino al alcance, para que ponga la mecha en el barril, con su telefonazo anónimo e insultante.

—No será preciso telefonear. Freddy tiene por costumbre venir a buscarme hacia las siete y media. Se encontrará con usted en mi compañía... muy correctos los dos.

—¿Es preciso esto de correcto yo?

Frunció ella el entrecejo, y añadió Cradock:

—Su virtud me consta, señorita Forrest. Me referí simplemente a que por darle algo de colorido a la cosa, me bastaría con enlazar su

cintura y susurrarle algo al oído. ¿No?

—No hará la menor falta. Bastará con que al entrar Freddy usted le mire... con la especial sonrisa que luce a ratos. Freddy no lo resistirá. Tengo que advertirle que pertenece a varias sociedades deportivas.

—Pero era de Intendencia. Yo pertenecía a la sociedad deportiva de la infantería de desembarco, especializada en carreras a pie, saltos de vallas, y el bonito juego de agárrate al que puedas y suéltate si puedes. El que sobrevive a este juego algo bestia, está capacitado para exasperar y aguantar la acometida de «Fru-fru» Emerson.

CAPÍTULO IX

Frederik Emerson entregó su sombrero al que acababa de abrirle la puerta. No tenía por costumbre fijarse en los rostros de los componentes de servidumbres.

Pero sabía interpretar las toses discretas.

Se detuvo cuando se dirigía hacia el salón.

—¿Suced algo, Adams?

—La señorita tiene visita, señor.

—Bien, ¿y qué, Adams? Hasta este mismo momento le consideré un servidor ejemplar, pero acaba de cometer una gran torpeza. El hecho de que la señorita tenga visita, no me impide verla.

—La señora me ordenó que cuando llegase el señor, dijese que ella estaba ausente, pero recibo mi salario del señor.

—¿Dónde está ella?

—En el saloncito del piso superior, señor.

Frederik Emerson subió rápidamente las escaleras.

¿Otra vez aquel dichoso sujeto del «Gipsy»? ¿Qué pretendía ella? ¿Sacarle de quicio? Era absurdo. Solo podía perjudicarse ella misma.

Cuando llegaba al rellano, oyó una risa peculiar.

En determinadas circunstancias, Sofía Amalfi tenía un modo de reír casi primitivo, desagradable, para quien lo oyera desde lejos.

Era una risa honda, que parecía brotar de su fondo más íntimo. Una risa que a la vez era trémula, de apasionado arrullo, plena de fogosa complacencia...

Frederik Emerson cometió una indelicadeza, según su código. Se aproximó al saloncito, pisando levemente sobre las puntas de los pies.

Sentía sonrojo en sus mejillas.

Oyó la cálida voz femenina. Mimosa, acariciante:

—...eres realmente avasallador, pero ya tengo acompañante para el viaje a Reno, aunque eres convincente, casi diría, demasiado convincente... No, no, suéltame ahora...

Frederik Emerson irrumpió.

Había segundos que parecían siglos. Veía los rojos terciopelos

del bajo diván, contrastando la blanca carnación de la mujer que, ojos cerrados, estaba aprisionada estrechamente entre los brazos de un hombre.

El hombre, presentaba la espalda, inclinado el rostro sobre el blanco hombro.

—¿Estorbo? —interrogó Emerson, trémula la voz de furor.

Sofía Amalfi tenía el semblante echado hacia atrás, estático.

Pareció despertarse de un embeleso deleitoso. Y enlazó más fuertemente al hombre.

Empujándole la cabeza contra sí, y susurrando:

—No quiero que te pase nada, no...

Frederik Emerson perdió el barniz de civilización ante aquella escena.

La actitud de la napolitana era ahora burlona y ofensiva. Doblemente, ante la pasividad del otro.

Se abalanzó, asiendo con ambas manos por el cuello al individuo, zarandeándolo, a la vez que increpaba:

—¡Da la cara, canalla!

Ella convirtió en grotesca la situación, al asirse, desesperadamente, al individuo, manteniéndole contra sí en abrazo de liana flexible.

Emerson, ansioso de acabar con aquella humillante escena, forzó al máximo sus músculos.

El hombre pareció un monigote estrujado y atraído hacia la mujer y estirado hacia atrás del cuello por el visitante.

Emerson retrocedió de pronto, horrorizado.

Se miraba las manos, alternativamente, mientras Sofía Amalfi chillaba agudamente.

El hombre resbaló lentamente. Sus brazos bajaban desmadejados por encima de la satinada piel y los encajes.

Quedó sentado en la alfombra, posando la cabeza en las rodillas femeninas. Ella empujó. El hombre cayó de costado, inerte, flácido como un saco vacío.

Los chillidos femeninos se hicieron coherentes, y Frederik Emerson perdido todo control, solo pensó en huir lo más lejos posible.

Alejarse de aquel saloncito, horrible escenario donde la perversa lascivia de una mujer, y la pasividad de un hombre entontecido por

el placer, acababan de convertirle en un criminal.

No recogió el sombrero que le tendía Adams, ni oyó nada.

Solamente repicaban en sus tímpanos dos frases.

Estaba conduciendo como un autómatas, y seguía oyendo las dos frases acusadoras:

—¡Lo has estrangulado, Freddy! ¡Lo has matado!

* * *

—Es él —anunció Susan Forrest.

A través de la cristalera, vio Cradock el coche conducido por Frederik Emerson, describir un semiarco antes de detenerse.

—Casi puntual. Son las siete y veinte. Debe acudir anhelante, impulsado por las alas del amor. Bien, supongo que quedará contenta de mis servicios, señorita Forrest. Cuando me lo propongo, hasta yo mismo me resulto antipático.

Ella vertió lentamente el licor de fresa en la copa de la mesita al alcance del diván en que se sentaba.

Rusty Cradock, con un rictus en que alentaba cierto desasosiego, vino a sentarse cerca de ella.

Tenía que recitar su parte, a tenor del contrato, porque oía los pasos acercarse apresuradamente.

Y creyó ver algo parecido a ironía en los ojos femeninos.

—No puede usted negarse a escucharme, Susan. Comprendo perfectamente que mi asedio tan pegajoso puede resultar...

Se detuvo Cradock, mirando con expresión interrogante al que entraba.

Había supuesto que el semblante de Frederik Emerson se demudaría. Pero no hasta tal extremo, como alucinado.

—Hola, Freddy —saludó fríamente Susan Forrest—. Deseo presentarte al señor Cradock.

—¡Susan! Necesito hablar a solas contigo. Es urgente.

Aquella salida sí que era inesperada, meditó Cradock. No correspondía al aspecto febril de «Fru-fru»...

Susan Forrest decía con desdeñosa entonación:

—Rusty, creo que el señor Emerson necesita una copa de algo tónico. La necesita. Te he presentado al señor Cradock, Freddy.

—El señor Emerson ya me conoce. Esta tarde, casualmente, me

invitó a almorzar en el «Gipsy». Pagó la cuenta muy gentilmente. Está usted algo paliducho y blanduzco, Emerson. Nunca me imaginé que el volvernos a ver le hiciera perder su barniz aristocrático.

Frederik Emerson más que sentarse en un sillón, se desplomó verticalmente.

Alzando su copa, Susan Forrest la miró al trasluz, diciendo:

—Te comportas de un modo extraño, Freddy.

—Te lo suplico, Susan: echa a este individuo...

Cradock saltó en pie, abandonando su postura hasta entonces desmadejada.

—Un momento, amigo.

Y avanzó hasta quedar frente al hombre sentado. Añadió:

—Está usted algo grosero, Emerson.

Y Susan Forrest remachó:

—En efecto, Freddy. Te comportas groseramente.

Frederik Emerson hizo algo inesperado. Se cubrió el rostro con las manos.

Rusty Cradock sintió algo parecido a pena y desencanto... Esperaba un buen intercambio de lindezas verbales con un posible desarrollo de recursos musculares y se encontraba con un hombre al cual la sorpresa de verle en compañía de la «frígida» Susan, le había quitado toda reacción viril.

Más que retar, casi invitaba:

—No se achique así, caray. Recóbrese, Freddy.

El otro seguía inmóvil, cubriéndose el rostro con las manos.

Rusty Cradock tuvo que recurrir a su rencorcillo de soldado de infantería.

—Cuando usted era el comandante «Fru-fru», allá en Nápoles, yo me hice el juramento que algún día, usted no sacaría tanto el pecho. Ahora, su sorpresa queda explicada y sabe ya por qué estoy pisando por sus senderos.

—Váyase, Cradock... Váyase, o no respondo de mí...

—Celebro comprobar que ya empieza a carburar como un hombre. Pero hay una dama presente, Freddy... ¿Quiere continuar la conversación fuera?

Frederik Emerson se levantó. Miraba a Susan, suplicante:

—Por favor, Susan. Dile a este perdonavidas que se vaya.

—¡Freddy! Tu actitud me asombra —exclamó ella, realmente

asombrada.

Rusty Cradock hizo acopio de muy mala fe, asiendo la corbata de Emerson.

—¿Pretende exasperarme o qué? —inquirió.

—Se lo ruego, Cradock. Déjeme a solas unos instantes con Susan, e iré a reunirme con usted dentro de unos minutos.

—Una petición tan gentil no puede rechazarse. Le espero en el jardín. Allí hay sitio sobrado para correr, Emerson.

Apenas Cradock salió, Emerson se precipitó a cerrar la puerta.

Comentó ella despreciativa:

—Es increíble, Freddy. Te has comportado como un cobarde. Si no lo hubiese visto...

—¡Calla, Susan! Vengo... ¡No me importa Cradock ahora! ¡Acabo de matar a un hombre!

Susan Forrest parpadeó atónica.

—Fue vergonzoso. A las siete, estaba citado con Sofía para solventar definitivamente nuestro divorcio... Adams pretendía cerrarme el paso. Me reveló que ella le había ordenado decirme que estaba ausente. La sorprendí arriba, en los brazos de un individuo... Riéndose, haciéndome escarnio... No pude contenerme. Perdí por completo el dominio, al ver que ella se abrazaba aún más estrechamente, haciendo más ofensiva su desvergonzada actitud... Quise separar al individuo, cogiéndole por el cuello... ¡Es horroroso!

Frederik Emerson se miró las manos con asco.

—Voy a entregarme, pero antes quise que supieras que... Escucha, no maté por celos... Te he jurado y es verdad, que hace tiempo que dejé de querer a Sofía. En realidad, no era amor sino pasión... Hacia ella me impulsó una atracción, fuerte e indomable, que me embriagó como el vino del país extranjero, que uno no está acostumbrado a beber.

Ella escuchaba, impasible.

—Es a ti a quien quiero, Susan, a ti a quien siempre quise... Por esto, antes de ir a entregarme, he querido que supieras que no fue por arrebatado celoso... Fue un accidente. Yo solamente quería apartar a aquel individuo, que al entrar yo, añadía mayor escarnio... ¿Me crees?

—Lo que ahora importa es que debes ir a presentarte cuanto antes, Freddy.

—Sé que tengo atenuantes, pero el escándalo...

—No es momento de pensar en los convencionalismos sociales. Si lo deseas, te acompaño.

—No. Lo agradezco, pero me sería muy desagradable tener que contestar a las preguntas del ayudante de fiscalía delante de ti. Todo ha pasado tal como te he explicado. ¿Me crees?

—Pobre Freddy... Esta mujer ha sido tu perdición

—Si puedo contar con tu afecto, Susan, todo me parecerá más soportable. Hasta pronto, Susan.

Abandonó la sala.

Susan Forrest corrió hacia la cristalera y abriéndola, llamó:

—¡Cradock!

Rusty Cradock interrumpió su paseo de espera por el jardín, acudiendo.

—No espere a Freddy. Entre... Ha sucedido algo horrible. Freddy acaba de matar a un hombre.

—¡Ostras! La Intendencia invade ahora terrenos ajenos. Así venía de fatigado el hombre... ¿Lo atropelló?

—Sorprendió a un individuo con la maldita extranjera. Lo estranguló.

—Sopla... Este lío se complica.

—Vino a verme, porque quería que yo no creyese que mató por celos. Mató accidentalmente, porque el hombre no se defendía...

—Doble culpa le echarán. Matar a un tipo indefenso... Bien, bien... ya ha conseguido lo que se proponía, Susan.

—¿Cómo? —preguntó ella, desconcertada.

—Usted quería a un hombre ridiculizado y se encuentra con un ridículo homicida. Nuestra Prensa no es sentimental como la italiana. Es cruel con los maridos estranguladores y con razón, puesto que tenemos la facultad de divorciar fácilmente, si nos sale rana la interfecta. Claro que es una facultad que les cuesta un riñón y parte del otro, a los pobrecillos maridos yanquis.

—Parece como si disfrutase...

—No voy a echarme a llorar por las desventuras conyugales y extraconyugales de Freddy.

Repiqueó el teléfono y ella asió la filigrana de nácar, escuchando unos instantes. Replicó:

—Acaba de anunciarme su voluntaria presentación a la oficina

fiscal, señor comisario.

Volvió a escuchar, frunciendo en entrecejo.

—No. No me ha dicho quién era... ¿Cómo?

Estaba tan sorprendida, que colgó antes de decir:

—Gracias, señor comisario.

Miró a Cradock:

—El hombre estrangulado era un conocido de Freddy. Frecuentaba los mismos círculos. Se llama Frank Lindsom. El comisario Gleason tiene ya el testimonio de Adams, y quería saber si Freddy estaba aquí. ¿Qué le pasa, Cradock?

Había también sorpresa en el semblante de Cradock.

Preguntó:

—¿Frank Lindsom? Me suena... No sé de dónde.

—Es de una familia muy conocida en esta ciudad.

—Las familias muy conocidas en esta ciudad, me son completamente desconocidas. ¿De dónde me suena a mí el tal Frank Lindsom?

—Quédese aquí hasta que regrese, Cradock. Tengo que saber lo que opina el fiscal del distrito.

—Esperaré.

A solas, Rusty Cradock paseando, trataba de recordar dónde había oído hablar de Frank Lindsom.

* * *

El fiscal del distrito resumió:

—Es beneficioso para Emerson, créalo, señorita. Forrest. Si aceptásemos la fianza, la Prensa se nos echaría encima. Con la espontánea confesión de Emerson y el testimonio del mayordomo Adams, podemos elevar el atestado a causa, y la vista tendrá lugar en breve, con auspicios favorables para Emerson, ya que además de acudir espontáneamente a entregarse, se ha negado a presentar demanda de fianza y libertad condicional.

—¿Ella ha sido interrogada?

Asintió el fiscal.

—¿Podría enterarme de la declaración prestada por ella?

—No es ningún escrito secreto, señorita Forrest. Si quiere, puedo entregarle copia de cuanto ha sido declarado. En cierto modo, tiene

usted derecho a ello. Un consejo, si me lo acepta: entrevístese con el defensor elegido por Emerson. Si usted en la vista de la causa, declara... En fin, es labor del defensor. Como acusador, yo repudio la acción delictiva, y procuraré obtener la máxima penalidad. Como hombre, muy particularmente, créame que lamento la triste obcecación del que debió sobreponerse al impulso primitivo. No tardarán en entregarle la copia del atestado.

* * *

Susan Forrest colocó su bolso sobre la mesa, después de sacar unos folios doblados.

—Perdone si le he hecho esperar, Cradock. Me entregaron una copia del atestado y me entrevisté con el abogado defensor.

—No es por mí por quien ha de preocuparse. En cuanto a Emerson, con un buen abogado, saldrá fácilmente de apuros.

—Existe un aspecto desfavorable para Freddy. Insiste en un punto, que ella expone en su declaración, de forma muy distinta. Freddy declara que Lindsom no repelió el ataque. Ella declara que Lindsom, atacado por la espada, intentó defenderse, pero que, brutalmente, Freddy no le soltó hasta haberle asfixiado. El defensor me ha dicho que si pudiese obtener una retractación de esta declaración, por parte de ella... no prosperaría la tesis fiscal que hará resaltar con tonos desfavorables que Freddy estranguló, matando por la espalda. Alevosía.

—La alevosía no me parece concordar con el carácter de Freddy. Déjeme echar un vistazo al atestado, simple curiosidad.

Ella paseaba nerviosamente y Cradock, cuando hubo terminado de leer, comentó:

—Es usted todo un precioso misterio, Susan. Me contrató para poner en ridículo a Emerson, y ahora parece como una enamorada... ¿o es que teme al ridículo en que su futuro marido la deja?

—¡Usted no entiende nada de nada!... ¡Yo siempre quise a Freddy! Pero anhelé verle humillado, que sufriera lo que yo sufrí... No lo entendería, usted no lo puede comprender.

—Intente iluminar mi obtusa y roma mentalidad.

Se irguió ella, dominándose.

—Usted reconoció que era incapaz de resolver la sección de consultorio sentimental. Ningún hombre puede lograr entender la complicación que existir en el alma de una mujer... Dejémoslo. Sírvasse indicarme la cifra y le firmaré el chaqué, en concepto de indemnización y cese de nuestro contrato.

—Otro día, Susan. Cuando esté usted más tranquila. Ya vendré a verla. Buenas noches.

Ella no replicó. Y Cradock se fue. Sabía cuándo una mujer estaba a punto de llorar y prefería ausentarse.

CAPÍTULO X

En el bar del hotel, Rusty Cradock volvió a una costumbre olvidada desde los tiempos de soldado.

Apuró uno tras otro, tres «vermuts», legítimos, en su frasco italiano.

Le aburrirían el apetito. Y también le entonarían. Lo necesitaba. Solicitó al ver aproximarse al que esperaba:

—Otra copa con lo mismo, para mi amigo.

Conrado Arbiroyan se encaramó en el taburete,

—¿Qué tal la «Venus»?

—Hecha papilla.

—¿Lograste descongelarla?

—A tu salud, Dino.

Cradock elevó la copa, chocándola con la del napolitano.

—Tienes brillo de fiebre en los ojos, Rusty.

—Son los cuatro «vermuts» que acabo de soplar, vamos a cenar, Dino, ¿o has cenado ya?

—Repetiré, si insistes.

—No tengo todavía apetito. Vamos a llevarnos una botella a mi cuarto. Planearemos algo para esta noche.

—Excelente idea. A ello.

En la habitación, quitándose la americana, dijo Cradock:

—Ponte cómodo, Dino. Creo que voy a pillar una borrachera fenomenal, de campeonato.

—Estás tétrico. A lo mejor, como en las novelas rosas, te has enamorado de Susan sin esperanza. O lo contrario... Te tiene abrumado ver que todas se te rinden.

—A tu salud, Dino.

Y apurando su quinto «vermut», Cradock murmuró:

—Bebida legítima. Suave, aterciopelada, engañosa... Tierno color, salvaje. Así es.

—Tú aguantas mucha bebida, Rusty. No estás aun siquiera «mojado».

Sentóse Cradock al otro lado de la, mesita, que el napolitano había colocado en el centro de la habitación, con la botella y las dos

copas.

—Tiene gracia, Dino. ¿Sabes lo que le ha pasado, a Susan? Quería un novio en ridículo, y se ha encontrado con un novio estrangulador.

—¡*Vulpetta*! ¿Qué me cuentas?

—Emerson está enjaulado como un pollito. Convicto y confeso... A propósito, el cuento que te narro tiene que ver con Sofía... ¡*Oh, mía dulce Sofieta*! Emerson encontró a Sofía con un hombre. Enzarzados los dos en tierna y salvaje lucha amorosa. Emerson estranguló al amoroso desprevénido. Y se acabó mi contrato.

—Pero, ¿de qué estás hablando, Rusty?, No me harás creer que ya se te subió el mosto al coco.

—No lo pretendo, Dino. Pero me duele que me hayas engatusado.

—¿Yo?...

—Esta mañana me dijiste que habías echado un vistazo al Registro Civil, para enterarte del lugar de nacimiento de Sofía. Pero el domingo los Registros Civiles están cerrados, salvo, para inscribir defunciones, nacimientos y bodas. No dejan consultar.

—Consulté ayer, Rusty. Sí, hombre, por la mañana

—Ayer por la mañana, yo no sabía ni media palabra acerca del contrato ni Sofía, No debes, mentirme más Dino.

—Bien, bien... Me entrevisté con ella y le expliqué la cosa. Así facilitaba la tarea. ¿Te has enojado conmigo, Rusty?

—Contigo no puedo enojarme. Tú a mí, no me odias.

—¿Por qué iba yo a odiarte, Rusty? —y sonaba más ronca la voz del napolitano—. ¿Por qué, hombre?

—Porque soy yanqui. Como lo es Freddy Emerson... Como lo era Frank Lindsom.

Conrado Arbiroyan dilató los ojos, trémulo el mostacho.

—Rusty... Has bebido demasiado.

—Sí, pero mañana se me pasará. Lo otro... se quedará. ¿Sabes lo que he pensado? Ir a visitar a la tierna y salvaje Sofía. Con un violín. Emplearé las cuerdas para hincarlas una por una en su blanca garganta.

—Acuéstate, Rusty. Te traeré sal de frutas. Despeja mucho.

—Hasta mañana a las nueve, salen bastantes aviones. No te gustan los aviones, Dino. No desvarío, no. Y te consta, Dino. No te

gustan los aviones. Busca en mi bolsillo y encontrarás unos cientos de asquerosos dólares. Déjame que yo, un yanqui más, te invite a coger el avión hacia el Canadá, por ejemplo. Junto a los billetes, creo que está mi pistola... Sí, Dino, has de cogerla. Yo tendré que alegar que me amenazaste con la pistola. Sí, Dino, has de cogerla... Y tuve que dejarte coger el avión.

Rusty Cradock cruzó los antebrazos sobre la mesa, y reclinó en ellos el sudoroso semblante.

Conrado Arbiroyan se pasó la diestra por la cara. Lentamente, apretándose los rasgos faciales. Húmedos los ojos.

Su voz tembló al susurrar:

—Yo, a ti te aprecio mucho, Rusty, de veras, hombre.

—No lo dudo, no lo dudo. Y yo también. Anda, coge del bolsillo de mi chaqueta, el dinero y la pistola,

—No, Rusty. Si quieres, me voy ahora mismo... Dímelo, Rusty. Dime que me vaya, Rusty.

—Te quedas, Dino, hasta que la borrachera me alcance el punto supremo de mazazo que abotarga y tumba como una res herida... Tú eras el único amigo que me quedaba, Dino. Voy a perder a mi único amigo. Que tengas suerte, aunque los policías yanquis son pesados y tienen el brazo muy largo. Lo comprendo todo, Dino... pero creo que no debiste asegurarte la futura tranquilidad a costa de un inocente. O tuviste que actuar frente a frente, sin apoyos femeninos, Dino. Yo mañana, apenas me levante, te denunciaré. Puedes emplear la pistola, Dino.

—¿Contra ti, Rusty? No podría aunque fuese para salvar mi cabeza. No podría.

—Cuando salgas de aquí, huye pronto, porque iré a visitar a Sofía. Ella no debió hacer lo que hizo. Tú, para mí, tienes perdón. Ella, no. He ido atando cabos, maldita sea. Ella odiaba a Emerson, que se mantenía separado, que quería divorciarse de ella, para casarse con Susan. La canallada, ¿la propusiste tú o fue ella?

—Mitad y mitad —susurró el napolitano, entornados los párpados—. El carácter de Sofía, es difícil de comprender... para un yanqui. Le humilló ser despedida como una criada a la cual, después de empleados sus servicios, Emerson consideró ya sin utilidad. Emerson creía que todo puede pagarse...

—Déjalo, Dino. Si hubieras matado, directamente, sin complicar

a otro, yo mismo me iría contigo. Porque tu móvil tiene perdón.

—¿Cómo lo averiguaste?

—El apellido Lindsom me suscitaba un vago recuerdo. Muy diluido en el tiempo. Hasta que de pronto recordé. Fue en las operaciones preliminares a la operación de Montecassino. Lo oí comentar. Unos decían que el piloto aviador Lindsom se extravió. Otros aseguraban que estaba bebido. Le hicieron un proceso, por «error en alcanzar el objetivo señalado por el mando». El piloto bombardero Frank Lindsom dejó caer su mortífera carga donde no debía. Sobre un pueblo sin importancia... Algo así como Monflore...

—Monferrato.

—Eso es, Monferrato. ¿Dónde naciste, Dino? Creo que cierto día me dijiste que tu armenio padre se enamoró de tu napolitana madre en un pueblo llamado Monferrato.

—Sí.

—La anciana que gesticulaba aquella vez en el campamento...

—Era mi napolitana madre.

—Si te duele hablar, dejémoslo.

—Ella vino a decirme que yo era un traidor porque estaba con los asesinos de tres Ghisberti. Mi madre se casó por segunda vez. Por esto en la lista de bajas no figuraban los tres Arbiroyan, sino tres Ghisberti. Un muchacho de diecisiete años, y dos chicas. La menor era muy graciosa. Ocho años... Mi favorita. Parece ser que de ella no encontraron apenas...

—Déjalo, Dino. Yo te comprendo con menos detalles.

Alzando la cabeza, escanció Cradock en las dos copas. Conrado Arbiroyan bebió ansiosamente y prosiguió:

—Yo le dije a mi vieja: «Es la guerra, «mamma». Las bombas no querían hacer daño a los nuestros. Hay que resignarse, «mamma mía»... Pero luego me enteré... Un aviador artillero, borracho o idiota... Sí, claro, lo habían procesado y estuvo a punto de ir al paredón. Terminó la guerra en una prisión militar. Fue indultado. Era de la división californiana. Pero yo no te cogí afecto para poder venir a California, Rusty. Te cogí afecto de veras, Rusty.

—Lo sé.

—No bebas más, Rusty; no bebas más. Es nuestra despedida. Yo me iré, y si me cogen, mala suerte. No me desprecias, ¿verdad, Rusty?

—Si me lo hubieses pedido, hasta yo mismo hubiera sido capaz de ayudarte... No debiste matar y hurtar el bulto.

—La vida es sucia, pero se le coge cariño. Pensé morirme cuando supe que la pequeña se había convertido en trocitos más menudos que las paredes de nuestra casa... Y ya ves, sigo viviendo.

—Sofía no tenía tus razones.

—Ella conocía a Lindsom. Lo llamó y él vino, creyendo que iba a encontrar a una italiana fácil, llegó hacia las siete menos diez. Tardó cinco largos minutos en irse muriendo lentamente, asfixiado. Soy pequeño pero fuerte. Le cogí del cuello y muy poco a poco...

—Sin detalles, Dino. Abrevia.

—Cuando terminé, ella volvió. Cada vez que por el corredor pasaba Adams ella reía. Después, cuando llamó Emerson, estaba ella poco dispuesta a abrazar un cadáver. Yo le di la solución. No le vería la cara, si la apoyaba en su hombro. Debería aferrarse a él.

—Si Emerson se hubiese dado cuenta...

—Hubiese yo tenido que intervenir. Una lucha entre los dos, es como habría aparecido después. Yo sé entrar y salir sin ser visto.

—Pues hazlo ahora, Dino. Llévate el dinero y la pistola. Ambas cosas pueden servirte. Iré a darle un mal despertar a Sofía. Puedes llevártela contigo para evitárselo.

—No, porque ella no es buena, Rusty. Es perversa... Su ternura es falsa. Lo sincero en ella es su animalidad salvaje. Atrajo fríamente a Lindsom sabiendo que yo lo iba a matar. Es perversa.

—Escribe entonces, Dino. Diré que te arranqué la confesión escrita y que de pronto me cogiste la pistola.

—Un buen policía te comprometería. ¿Por qué te interesa que Emerson salga bien?

—Por ella, por Susan.

—Escribiré lo que quieres, para ti, a tu dirección en este hotel. Con sello de urgente, Rusty. Podrás darle el mal despertar a Sofía, porque es perversa. Dejé que yo matase a Lindsom, pero tapándose la cara, y metida en su alcoba. Después... su risa era cruel. A ti no te miento, Rusty. Cuando me confiaste tu obsesión, te cogí más afecto. Los dos veníamos a saciar un afán.

—Convertiste un afán de castigar a un hombre, en sucia venganza, en complicidad con una mujer ajena a tu obsesión.

—Sofía y yo congeniamos. Cuando le hablé de Lindsom, le dije

que yo estaba buscando el medio de liquidarlo sin comprometerme. Entonces ella me demostró que odiaba infernalmente a los yanquis. Y esto es injusto. Yo no odio a todos... Yo solo odiaba a Lindsom, pero en él condensaba todos los odios humanos.

—Emerson no te había hecho nada.

—Emerson vino porque Sofía decidió que así se vengaba ella.

—Me costará acostumbrarme a no verte más, Dino. A tu modo, eres valiente. Me hubiera gustado tener un hermano como tú.

—Y yo... Para mí, como un hermano, Rusty.

—Pero, ahora, por no haber confiado en mí... Yo tal vez te hubiera disuadido, como tú intentabas disuadirme de matar a Hamilton. Ya no tiene remedio. Si te cogen, te llevarán a la silla. Vete... Hay salidas al Canadá, antes de la medianoche.

—No me gustan los aviones. Me iré al sur. Llegaré amaneciendo a Méjico. Y seguiré hasta el centro. Guatemala o Costa Rica... Haré dinero y llamaré a mi vieja. No es tan vieja, ¿sabes? No tenía los cabellos blancos cuando su choza estaba en pie y discutía con sus tres Ghisberti. Fue de la noche a la mañana. Es la guerra... Voy abajo. Escribiré. Te traerán la carta. No me desprecias, ¿verdad, Rusty?

—Me esfuerzo en despreciarte y no lo consigo. No puedo. Es la amistad, Dino, la guerra con sus desequilibrios y la amistad. Anda, bebe otro trago. Mientras, iré a tumbarme un poco. Este «vermut» pega, pega fuerte.

Conrado Arbiroyan esbozó un gesto.

Tendía la mano, pero Rusty Cradock fue a tumbarse boca abajo en la cama.

Arbiroyan se encaminó hacia la percha, y extrajo del bolsillo de la americana de Cradock la pistola y los billetes.

Contó el total e hizo dos partes iguales, guardando una. La otra volvió a dejarla en el bolsillo de la chaqueta.

Miró hacia la cama.

Cradock seguía boca abajo. El napolitano ondeó la mano en gesto indefinible. El mostacho no ocultaba la triste mueca de sus labios que, pretendiendo sonreír amistosamente, rebosaban mucha pena.

Cerró lentamente la puerta al salir.

* * *

La camarera que subió la carta con sobre del hotel, regresó diciendo que su destinatario la había podido coger, gracias a que ella la colocó en su mano.

Rusty Cradock estaba lastimosamente ebrio, diagnosticó la camarera.

El conserje opinó doctoralmente que esto le podía suceder a cualquier hombre de bien y que mientras el cliente Cradock no organizase escándalos, todo estaba en orden.

Rusty Cradock no estaba borracho, pero por fin consiguió conciliar el sueño.

Había prometido no recuperar su personalidad normal hasta las nueve de la mañana.

* * *

Una de las frecuentes pesadillas de la niñez y adolescencia de Sofía Amalfi era la de percibir que las sábanas se atirantaban como si un ser humano se hubiese sentado al pie de la cama.

Y en su pesadilla, al abrir los ojos, veía a veces a un fauno avanzando unas manos peludas, o a un sátiro de rijosa mirada encendida. En ambos casos, al despertar, se sentía maltrecha y lánguida.

Aquella noche, volvió a tener la pesadilla. Las sábanas se atirantaban y un ser humano estaba sentado al pie de la cama.

—No te asustes, Sofía. Soy yo, Dino.

Se removió ella con perezosa indolencia, aún semidormida. La tenue luz sonrosada de la lamparita de noche, esfumaba vaporosamente las satinadas redondeces del prodigioso busto.

Pestañeando, comprendió de pronto, y se sentó en rápida inclinación.

—¡Estás loco, Dino! ¿Qué haces aquí?

—Extasiarme en la contemplación de tus firmes y abundosos encantos.

—Vete... —y cruzó ella los brazos ante el ubérrimo busto.

—Vete tú recogiendo lo que valga la pena y no haga mucho bulto. Hay que sacudirse el polvo de esta tierra. Si nos amanece por

California iremos a parar a la silla eléctrica. La electricidad en fuertes dosis no es grata, «mía cara». No digas nada y vete haciendo lo que mejor te convenga. Rusty acaba de someterme a un extraño interrogatorio. Ha recordado a Lindsom... Le dejé borracho del todo, pero mañana, apenas despierte, irá a la policía. No falla.

Ella tembló pese a la tibieza de la alcoba. Recostándose, sentada, contra las almohadas, murmuró:

—Huir es necia solución, Dino. La policía no puede relacionar a un Arbiroyan con los Ghisberti.

—Rusty sabe que mi vieja se casó por segunda vez.

—No puedo irme, Dino... Ha venido el abogado defensor de Freddy. Pagaré lo que yo le pida si rectifico mi declaración en el sentido de que Lindsom intentó defenderse. Ya me he vengado y ahora quiero dinero.

La conversación, en voz muy baja, tenía matices de confidencia íntima.

Conradino había ido aproximándose, hasta quedar sentado casi junto a la cabecera.

—Freddy te ofreció una buena pensión y la rechazaste.

—¡De él no iba a aceptar dinero, como una criada para todo, a la que se despide cuando el amo está hartos! Ahora ya lo he hundido moralmente. Si nos quedamos aquí, hasta recibir el dinero...

—Existe un obstáculo: Rusty.

Ella avanzó el rostro, inclinándose con artera intención. Susurró:

—Es un yanqui más, Dino. Está borracho... Tú sabes entrar y sabes deslizarte...

Deslizó Conradino su mano en torno al prieto talle. Ella se irguió altivamente, en instintiva repulsión.

Él murmuró, brillantes los ojos:

—Casi me podrías convencer, Sofía. Y te demostré que mis manos son robustas e implacables. Pero ¿por qué iría yo a estrangular a Rusty?

El cuerpo femenino se hizo nuevamente flexible.

—Es una pena que no sientas odio, puesto que ya terminaste con Lindsom. Pero yo, Dino, odio con toda mi alma... No sabes lo que puede una mujer llegar a odiar a un hombre cuando nos desdén.

—Yo podría también odiar a una mujer que me desdénase —y el brazo masculino enlazó en cerrada opresión la brevísima cintura.

Pestañeó ella, al sentir en su mejilla el cálido aliento jadeante.

—Ahora estamos muy unidos, hermosa mía. Muy unidos, ¿verdad, guapaza mía? Seré tu perrito estrangulador, si eres cariñosa conmigo.

—No debes... no has de estrangular a Rusty para eliminarlo. Porque la policía podría deducir...

—¿Por quién me toma usted, señora Emerson? Con Rusty emplearé un método distinto. Tengo un extenso surtido a tu servicio... Y tienes unos hombros preciosos, Sofieta, tan nacarados... Tu piel es tierna como las cachas de un bebé. Tendremos dinero en abundancia y ya encontrarás otro cándido yanqui ricachón... ¿Por qué apartas tus labios, Sofía?

Cerrados los ojos, se esforzó ella en sonreír.

—Tu rostro es ahora más incitante. ¿O es que me tienes repulsión?

—Oh, no...

—Demuéstrame. Aún es pronto para ir a liquidar a Rusty, el único testigo de nuestra secreta alianza. Mañana amaneceremos ya libres. Pero ahora tienes que esclavizarte a todos mis caprichos, Sofía, hermosa mujer... Bésame con toda la fingida pasión que puedas simular. Prodígame tus mimos y márame con tus caricias. Solamente así podrás vivir y gozar del dinero... Seré tu esclavo, a cambio de unas horas de tu esclavitud sumisa y total. Obedece.

Sofía Amalfi obedeció.

* * *

Rusty Cradock bajó del coche. Se sentía desligado de todo contrato.

—¿Tiene la bondad de contestarme una pregunta, Benson?

El atildado y hercúleo negro replicó:

—Todas las que desee.

—La última vez que me ojeó, no estaba usted amable. ¿A qué se debía, si puede saberse?

—La señorita Forrest no se merece que un caballero la trate rudamente.

—Es que yo no soy un caballero, Benson.

—Cuando usted lo afirma... ¿Desea ver a la señorita?

—Si tiene la bondad... Comprenderá que prefiero contemplarla a ella.

Sonrió Benson.

Cradock se prometió que en lo sucesivo sería preferible no gastar ironías con el negrazo intelectual.

Cuando Susan Forrest llegó, su saludo fue algo seco:

—Perdone la tardanza. No le esperaba tan temprano, Rusty

—Tengo un gran negocio a la vista, Susan.

—Le imaginaba totalmente inmune a los negocios.

—Depende. Supongamos que puedo aportar un testimonio inapelable, con el cual el defensor de Freddy consiga un gran triunfo...

—¿Consiguió que ella se retractase?

—Más difícil todavía. Ayer noche usted me pareció silenciosa, humana, sencilla y sentimental. Pero como sigo sin comprender por qué me contrató, quiero que usted me considere apto para oír su confidencia. A cambio, le haré yo otra. Importantísima. ¿Qué motivó mi contrato?

—Freddy y yo éramos novios antes de que él se enrolase. Toda la ciudad sabía que nos íbamos a casar. Que yo le quería mucho y que confiaba plenamente en él. Cuando él regresó casado con Sofía, quiso explicarme lo sucedido. Había sido algo desconocido para él, aquel ardor voluptuoso de la arisca y salvaje Sofía, aquella ternura sumisa en la intimidad.... En otro, lo hubiera comprendido. Pasiones, instintos... En él, no. Cuando después me dijo que estaba arrepentido y que había comprendido que ella era de distinta clase, añadió que iba a divorciarse. Que tenía que volver a quererle. Le vieron conmigo y la ciudad volvió a reírse...

—Tan solo los «400». La clase selectamente desocupada.

—Yo fingí aceptarle. Debo confesar que mi intención al contratarle, fue hacer sufrir a Freddy en su amor propio. Como fuese, yo quería que él no siguiese creyendo que la italiana era honesta. Él estaba seguro del amor de ella... y del mío. Era preciso quitarle su arrogancia. Pero, ayer noche, me dolió verle tan...

—Tan humano, sencillo y vulgar. Bien, ahí tiene.

—¿Qué es?

—Léalo.

Ella extrajo la carta del sobre con membrete del hotel donde se

hospedaba Cradock. Leyó, releyó, sonrió, se atufó los bucles nerviosamente y por fin exclamó:

—¡Es magnífico! ¡Es horroroso! ¡Hay que avisar al comisario...! ¡No, no! ¡Quiero enfrentarme con la italiana!... ¡Vamos, Rusty! ¡Eres bueno, eres genial!

Perdido todo control, Susan Forrest corría hacia el «Minerva».

* * *

—¿Por qué no entras conmigo, Rusty?

—Hay una segunda cartita, que luego leerás. Me la envió Dino y el matasellos señala la hora. Dos de la madrugada. Entra tú sola, Susan. Deportivamente te considero superior a Sofía.

Susan llamó a la puerta que le fue abierta por el mayordomo Adams.

Sofía Amalfi no disimuló su sensación de triunfante dominio. Venía en batín y chinelas. Dijo:

—He consentido en recibirla, aunque la hora es impropia.

Susan Forrest hizo algo muy poco femenino y carente de distinción. Le había impresionado verlo hacer a una mujer callejera. Escupió torpemente.

Sofía Amalfi retrocedió a tiempo. Brillantes las pupilas, anunció:

—Si vienes a rogarme que acepte la oferta del defensor, has de ser humilde. Ya sé que quieres mucho a Freddy...

Lo que siguió escandalizó sobremanera al mayordomo Adams, rondando. No sabía cómo intervenir.

Ni lo necesitó, porque Susan Forrest era más deportiva. Se salvó con un araño y un mordisco.

Sofía Amalfi, sin sentido, lo recuperó en un despacho, ante el comisario Gleason. El policía practicante había retocado los desperfectos del hermoso semblante.

Pero el esparadrapo, la mercromina y algún mechón de cabello muy aclarado, afeaban a la que increpaba tartajosamente:

—¡Voy a presentar una denuncia contra...!

El comisario dio una palmada ruidosa sobre la mesa. Y dijo suavemente:

—A esto vamos. Tengo aquí dos denuncias. Por carta. La segunda es la complementaria y voy a leérsela. Cállese. Eso es. La

firma un tal Dino, aunque debajo coloca tres nombres: Conrado Arbiroyan y Ghisberti. La carta va dirigida a Rusty Cradock y fue echada en un buzón, camino de la frontera sur.

Desmadejada, oyó ella la voz calmosa del comisario Gleason leyendo.

Pero le pareció oír una voz satánicamente sádica:

«Rusty:

«Tus preguntas, anoche, iban bien encauzadas, pero estabas bebido. Se lo expliqué a Sofieta, la tierna y salvaje Sofía Amalfi, exactamente a las once en su alcoba.

«Ella dijo que la solución era sencilla. Bastaba con que yo te matase, pero no estrangulándote. A la medianoche abandoné su alcoba, ahíto de sus pruebas de total sumisión, llevándome el tesoro de un recuerdo.

»Me llevé también el cofrecito de sus joyas, las que solo lleva las noches de gala. Se quedó muy asqueada de mí, pero convencida de que tú no verías amanecer. Es perversa. No es una napolitana de las buenas.

»¿Y yo? Yo soy un granuja y terminaré mal. Pero tú no puedes despreciarme, Rusty. Eres un yanqui de los buenos. Aprovechando tu exceso de libaciones me llevé tu pistola. En Centroamérica hay muchos rincones donde una pistola es como un cayado para el pastor.

«Cuando pienso en los míos, también te incluyo, porque eres un yanqui de los buenos. Adiós, Rusty. Que seas dichoso. De veras.

»Dino. Conrado Arbiroyan, también Ghisberti.»

El comisario Gleason añadió:

—La primera carta detalla la repugnante confabulación entre usted y Dino. Voy a leérsela... ¡Jack! Dele sales a oler a la sensible criatura. El granuja de Dino caerá, pero tiene derecho a ser llevado con indulgencia al patíbulo. Esta mujer, no. ¿Está ya recuperada? El inicio de la confesión de Dino se refiere a un avión que bombardeó equivocadamente. Dino le tiene tanto afecto a Rusty, que confiesa, al verse a punto de ser descubierto, que él estranguló a Lindsom, para que esta mujer... ¡Sales para Sofía, Jack!

* * *

Al entrar en el coche de Susan, Frederik Emerson lo hizo ocupando el asiento delantero, junto al volante. Ella se colocó atrás, con el mentón sobre los antebrazos reclinados en el respaldo. Saludó Emerson:

—Buenos días, soldado Cradock.

—Hola, comandante Emerson. Una mañana espléndida.

—Lo es, realmente. Susan me ha explicado todo. Le agradezco con toda el alma... Bien, las palabras no expresan lo necesario, cuando las necesita...

—Deja hablar a Rusty, que carece de sentido práctico —intervino ella.

—Usted iba a pagar una crecida minuta a su defensor. En nombre de Dino...

—¡Infame tipo!

—En nombre de Dino, que me instituyó su defensor, va usted a pagarme los malos tragos que he pasado jugando al galán asqueroso. Tengo entendido que usted posee un negocio de cafetales en Centroamérica. Yo puedo ser un capataz muy capacitado.

—Deseo ofrecerle mucho más, Rusty.

—No, gracias. ¿Qué flores prefiere, Susan? ¿Azahar, jazmines?

—La costumbre exige un beso a la novia, de sus amigos —expuso Emerson—. Yo llevaré el volante, Rusty. En mi casa firmaremos el contrato.

Aproximó ella sus labios a los de Cradock. Los posó.

* * *

En el avión que le transportaba a Tegucigalpa, Rusty Cradock se tocó nuevamente la boca. No tenían nada de fríos los labios de Susan...

En la extensa soledad de los cafetales, conturbaba a veces sus sueños, el recuerdo de aquel beso.

No había sido fraternal, ni de novia ajena al amigo...

Bajo el picudo techo de la calurosa choza, colocó Cradock un disco.

La danza favorita del «infame granuja».

Algún día, en aquella tierra selvática, vería bailar al infame granuja, si el brazo de la justicia no alcanzaba al escurridizo payaso bailarín y estrangulador.

Pero la justicia y la amistad eran dos cosas distintas...

Se frotó los ojos. Tenía que ser un espejismo la aparición en el umbral.

Entrando, dijo Susan Forrest:

—Lo intenté, pero no pude. Freddy ya no era para mí un hombre, sino un pobre pelele. Yo necesito a un hombre de verdad, Rusty Cradock.

Una petición que quedó más que plenamente satisfecha.

FIN



HA MUERTO UNA RUBIA

por Alf Regaldie

—¡Usted está loco! ¡Es un compañero de sanatorio de ella!

—No se excite. Quien tiene que estar loco es usted, aunque eso no le va a eximir ante el jurado... Pronto va a quedar demostrado que el cadáver que quedó carbonizado en el auto de Karen Fulton no es el de la aventurera esa, sino el de Norah Kellog...

—¡Está mintiendo! ¡Es usted un vulgar chantajista!

—Eso quisiera usted, que fuese yo un vulgar chantajista. Con un par de centenares de miles de dólares habría pagado. Y así tendrá que pagar con su vida y no de cualquier manera... Guarde los doscientos mil para sus abogados, aunque no le servirán de nada...

—¡Lo denunciaré! ¡Es usted un chantajista!
—gritó Kellog, hinchadas las venas del cuello, congestionado el rostro.

¿Quién era la víctima de aquel execrable crimen?

¿Qué se ocultaba tras aquel cadáver irreconocible?

Averígüelo usted leyendo la apasionante novela

HA MUERTO UNA RUBIA

¡Lo mejor de ALF REGALDIE!

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS



eso
tiene
VETERANO
VETERANO
tiene
eso



VETERANO
es de
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in

{1} Son llamados así los hoteles de ínfima categoría que solo sirven desayuno y dan habitación cobrando medio dólar cada veinticuatro horas.